

calibrite

colorchecker CLASSIC



ALEJANDRO
LARRUBIERA

LA CAMPANA MUDA

(CUENTOS DE LA TIERRUCA)



Deq 1937

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS PARA LA VENTA
«EDITORIAL REUS»
Cañizares, 3 dupdo.
MADRID

mm

BIBLIOTECA BERGAMIN

LA CAMPANA MUDA

CUENTOS DE LA TIERRUCA



de la
6737

por
ALEJANDRO LARRUBIERA

Precio: TRES pesetas.

6734

COMPONENT M
DIRECTOR OF THE

FOR
VIDEO TAPING



DIRECTOR LITERARIO:
ANTONIO CASES



Est. 9
Tab. 1/2
N.º 2113

LA CAMPANA MUDA
(CUENTOS DE LA TIERRUCA)

411001361

BIBLIOTECA BERGAMIN

DOS LIBROS AL MES

El Libro del Esplendor (Biblia de la Cábala),
Rafael Comenge.

Las Figuras del Retablo, José Rocamora.

La Unión Aduanera con América, El Doctor
Amarillo.

El Secreto de los demás, Antonio Cases.

El Camino de los Hijos, Rafael Balaguer.

El Teatro, Arturo Mori.

La campana muda, A. Larrubiera.

El brillo de la espada, A. Cases.

ALEJANDRO
LARRUBIERA

LA CAMPANA MUDA

(CUENTOS DE LA TIERRUCA)



CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS PARA LA VENTA
«EDITORIAL REUS»
Cañizares, 3 dupdo.
MADRID

ALFONSO
LARRIBEA

LA CAMPANA MUDA

ES PROPIEDAD

(CIENTOS DE LA TIERRA)

Dec 1935



Imp. de G. Hernández y Galo Sáez.-Mesón de Paños, S.-Tel. 1907-M

MCD 2022-L5

PRÓLOGO

El asunto a través del autor,
y el autor a través de la obra.

Desde que el maestro de Virgilio, Partenio de Nicea, formó la primera colección de cuentos, reuniendo bajo el título de «Aventuras de amor» sus treinta y seis narraciones cortas, puede asegurarse que ningún escritor ha dejado de intentar el género, seducido por su aparente facilidad y poco empeño. Y contra esta facilidad se han estrellado no pocos ingenios. No siempre un gran escritor, por serlo, logra ser un cuentista aunque se lo proponga muchas veces.

Un cuento no puede ser una novela corta, ni una fábula. Rebelde a reglas y cortapisas, el cuento puede abarcar toda una vida y encerrarse en un instante de ella. Pero siempre ha de ser acción rápida, natural, emotiva. No todos los asuntos, por bellos que sean, se prestan a la concisión de un cuento, siempre corto si ha de serlo en toda su verdad.

El asunto, como la narración, de que proviene, exige siempre una condición precisa: realidad. Los cuentos, preferentemente, han de ser reales y conservar el sabor de cosa vivida, llevando el sello de la observación

justa y precisa, conservando asimismo, en su forma la narrativa, toda sencillez, y siendo siempre, en todo momento, la acción, el fondo, lo que mantenga el interés.

Un cuento, en fin, ha de estar hecho en forma que pueda realmente contarse, sin que pierda por ello su verdadero valor, haciendo sentir o pensar, según su tendencia, independientemente de su forma, que sólo debe aparecer en último término, como un complemento digno de aplauso y encomio, pero no indispensable.

Y ahí está el escollo.

Maestros en la forma, cualquier escritor de alguna fama confecciona, construyendo sobre el vacío, unas cuartillas que rara vez logran ser el cuento que el escritor se propuso. Los asuntos, tal como hoy se entienden y arman, suele doler derrocharlos en una narración corta de poco resultado económico. Cualquiera de ellos, aun el más endeble y flojo, bien tratado, se hincha hasta llenar un tomo de trescientas páginas bajo la pluma de nuestros novelistas, que tampoco, por lo común, y con muy contadas excepciones, suelen ser fértiles asuntistas.

Si a esto se añade que no es el cuento fruto de despacho sino de correría, de observación, que debe conservar el sabor típico del lugar en una pintura fiel del ambiente, y acogiendo construcciones y modismos acertadamente dispuestos, la carencia de grandes cuentistas, sobre todo en número, quedará plenamente demostrada, ya que no justificada.

Porque en contraste con ello está en España la realidad. España debió ser plantel de cuentistas. Fértil en narraciones, leyendas y consejas, con una tan marcada variedad de tipos, caracteres y costumbres como la que separa y distingue unas de otras a las diferentes

provincias, la cantera, casi intacta, es inagotable.

Peró sólo en Andalucía, hecho chascarrillo y chiste, y puramente paisaje en la Montaña, se cultiva el cuento, digno de mejor suerte y más abnegados cultivadores.

¿Por qué?

El inmotivado desprecio con que los escritores miran al cuento ha producido su despreciación injusta. Gloriosos prestigios hay sólo por ellos, y el mismo Voltaire no es menos leído y admirado en sus obras grandes que en sus bellísimas narraciones cortas, verdaderos modelos filosóficos: «El Escarmentado», «Micromecas», «La Princesa de Babilonia» y tantos otros.

¿Será necesario citar, en apoyo de esta verdad, los nombres de Conón, en quien se inspiró Cervantes en un pasaje del «Quijote»; Libaris, Boccaccio, Casti, Lafontaine, el del inmenso Andersen, tan saboreado por los niños, y tantos y tantos otros a cuya cabeza puede dignamente figurar Plutarco, que también gustó de escribirlos y aún más de escucharlos, coleccionándolos después?

Los Cuentos de la tierra que Alejandro Larrubiera ha reunido en este libro, tienen la condición precisa del lugar en un sabor inconfundible, y la del género en su sencillez clara y fluída. Asturias vive en los tipos recios de Larrubiera, en sus hechos, en las costumbres fielmente retratadas, en la construcción caprichosa y dulce, llena de modismos y cadencias.

En estas historias, verdaderas historias, antañonas o modernas, pero historias siempre, la realidad y la acción se imponen, servidas justamente por un estilo apropiado, policromo y cálido, sencillo y fácil, sin rebuscamientos ni habilidades de escritor curtido. Hasta cuando la leyenda interviene en ellas, como su-

cede con el que da título al tomo, o con «La lechuza de Marigay», la realidad que envuelve y presenta, haciéndolos tangibles, los hechos fabulosos, es de tal fuerza y verdad que seduce y convence.

Ninguna demostración más cercana: leedle.

Ellos, los cuentos de Larrubiera, dirán la verdad, ya que sobre él, sobre el autor, nada nuevo han de decirnos; que el celebrado escritor es de los que rechazan, por su personalidad bien acusada y conocida, toda presentación inoportuna.

ANTONIO CASES.

A la sagrada memoria de mi madre.

A la sagrada memoria de mi madre

LA CAMPANA MUDA

LA CAMPANA MUDA

OCHO lustros van corridos desde que don Remigio Pérez se encargó de la escuela de Sombril, lugarejo que alza sus veintitantas casucas en un risueño valle montaños.

Don Remigio, en tan dilatado espacio de tiempo, ha sido el educador del pueblo y el paño de lágrima de sus convecinos, sirviéndoles de médico, abogado, hombre bueno, memorialista y sacristán. Tipo admirable, digno de loa, este maestro de escuela, que como la inmensa mayoría de los de España dedican la propia existencia a la de sus semejantes, llevados de su altruismo que este don Remigio y tantos otros como él, gozan de un sueldo que les permite el derroche de cubrir el cuerpo con harapos y reconfortar el estómago con borona y patatas.

Don Remigio ha llegado a viejo sin gozar de las ventajas ni padecer los inconvenientes que trae consigo el ser «pater familias»: vive a lo Juan Palomo, y todas sus ilusiones las cifra y compendia en cumplir con su penoso y bienhechor magisterio.

El sistema de enseñanza que sigue es el de los tiempos de Nebrija: los discípulos salen de sus manos leyendo a tropezones, garrapateando una letra que quiere ser la de Iturzaeta, y sabiendo que el

mundo este en que vivimos tiene la forma de una naranja, y que hubo un señor Pitágoras que compuso la tabla de multiplicar para desesperación de los muchachos, que, forzosamente, han de aprenderla de memoria. Ni más ni menos; es decir, sí, adquieren otras enseñanzas horras de palmetazos y de representar en clase el denigrante papel del burro; enseñanzas que cristalizan en el corazón y en el cerebro de los muchachos; saben éstos amar a Dios y a su patria, respetar al prójimo y luchar por la vida en la que sólo triunfa quien posee mayor inteligencia, emplea sin desmayos su voluntad, perdona de corazón a sus enemigos y pone el bálsamo de resignación en todas las malaventuras.

Sentados pastorilmente, cabe la sombra que proyectaba una vetusta cajiga, gozábamos el bueno de don Remigio y un servidor de ustedes, en el declinar de una tarde abrilena, de la solemne quietud y del panorama encantador que ofrecía el valle tendido a nuestros pies.

Don Remigio, afianzándose las quevedescas antiparras en el caballete de sus narices, que, dicho sea sin ofensa, recuerdan las que inspiraron al más regocijado y satírico de nuestros clásicos el soneto:

«Érase un hombre a una nariz pegado»,

prosiguió el hilo de su discurso, y señalándome el ruinoso campanario de la iglesuca de Sombril, dijo:

—He ahí unas piedras embellecidas por la tra-

dición. Y sin embargo, si se les habla a mis vecinos de la campana muda, sonreirán socarronamente y dirán que es un bonito cuento de viejas que inventaron los antiguos. ¡La fe, la santa fe, ha desaparecido del mundo!—suspiró don Remigio.

Y como yo le instase para que me contara tal leyenda, replicó:

—He de contársela tal como se la oí referir al más viejo de la aldea, hará de esto la friolera de treinta y tantos años... Tal vez estén en lo firme los que aseguran que es una conseja a propósito para recitarla a los chicos antes de acostarlos; pero yo, pobrecito hombre, que no veo más allá de mis narices, ni aun con las gafas puestas, creo en ella, como creo que la fe es el puente de luz que pone en comunicación las almas con su Hacedor.

Y sin más preámbulos empiezo:

Se ignora en absoluto la época en que ocurrió lo que voy a referirle: para los del país fué cuando el moro; el dato es de sobra ambiguo, porque moro vale aquí tanto como extranjero.

El valle que desde esta altura contemplamos, vióse amenazado por un ejército enemigo, y naturalmente, todos sus habitantes dispusiéronse a la defensa. Sombril, que por la situación que ocupa sirve de entrada al valle, redobló los aprestos de guerra, y en un magno concejo que celebraron los defensores, quedó convenido que este pueblo diese la voz de alarma, tocando a rebato a la proximidad del invasor.

Había entre los de Sombril dos gallardos mozos

que se disputaban el cariño de una hermosa muchacha llamada Roslinda: el uno, de nombre Gil, era el más rico del pueblo, y el otro, que se decía Pascual, el más pobre: amor que, cuando es verdadero, no rinde su balanza al peso del oro, sino al del cariño, hizo que la moza prefriese al pobre, y que con tal elección, Pascual se mostrase loco de alegría, y Gil loco de despecho. Llantos y suspiros, ruegos y amenazas, cuantos recursos emplea el hombre para atraerse la voluntad de la mujer amada, hubo de emplear el malaventurado Gil.

Ciego de ira al convencerse de que todo era inútil ideó la más estúpida de las venganzas, valiéndose para llevarla a cabo del estado anormal de angustioso azoramiento en que se encontraban los de Sombril con la conflagración que se les venía encima.

En el concejo que los vecinos tuvieron en el porche de la iglesia para tratar de los medios pertinentes a la defensa de sus vidas y haciendas acordaron que Pascual vigilara por las noches, desde el campanario de la iglesia, la gran extensión de terreno que desde tal punto se descubre, y en cuanto advirtiera o recelase la presencia del enemigo, tocara a somatén para que todos los pueblos del valle se aprestasen a la lucha.

Ninguno de los del concejo sospechó la horrible traición que envolvía tal acuerdo, adoptado a instancia de uno de los más viejos del lugar, que lo propuso por secreto mandato de Gil, su acreedor.

No ignoraba el despechado galán que el moro,

es decir, el enemigo, atacaría de noche la aldea, y el primer obstáculo que intentaría salvar sería el que presentaba a su paso la iglesia.

Abrió una corta pausa don Remigio, en su relato, que reanudó diciéndome:

—Llegó una noche en la cual la nebrura del cielo corría parejas con la de la tierra, falta de la luz del satélite. Pascual, en lo alto del campanario, avizoraba en las tinieblas que le envolvían, y más por el oído que por la vista estaba al tanto de que nada anormal ocurría en el valle; como siempre, deslizábase por su cauce pedregoso el río, haciendo oír su perlina cantata; como siempre, el sopro del viento producía suave murmurio en las hojas de los árboles y un choque como de espadas de caña en los maizales; a ratos oíase el mugir de una vaca, el aúllo de un perro o el chirriar áspero de alguna carreta de bueyes.

Hallábase, pues, el mozo confiado, entretenido el pensamiento, más que con el fiero Marte con el deleitoso Cupido, cuando quiso la Providencia que se trocara en azoramiento y en espanto el plácido ensueño del vigia al escuchar no muy lejos un ruido como el que produce una muchedumbre que corre.

Fijó desatentado la vista en la obscuridad, y experimentó el escalofrío del terror al advertir que algo como nube negra avanzaba a ras de tierra.

«¡Santo Dios, el enemigo!», exclamó aterrorizado, corriendo hacia donde se encontraba la campana.

Volteó ésta con rabioso empuje, y quedóse sus-

penso y azorado, como el que advierte algo sobrenatural, inaudito... La campana no sonaba a pesar de haber girado rápidamente... Estaba muda... Sudor frío, temblor de susto, invadió el cuerpo de Pascual, que palpaba trémulo la lengua de bronce, que, por arte mágica, habíase convertido en un pedazo de corcho.

Dióse cuenta el vigía de lo crítico y terrible del caso al no sonar la campana: el enemigo apoderárase silenciosamente y sin lucha de la aldea y del valle entero... Pascual, en aquel supremo momento, cayó de rodillas al pie de la campana, y juntas las manos, con los ojos y el alma puestos en el cielo, pidió a Dios un milagro...

Como si oyese una voz que venía de lo infinito, Pascual alzóse súbito, y sus nervudos brazos imprimieron un movimiento de rotación a la campana, que sonó como nunca había sonado, estruendosamente, inundando el valle con sus clamorosas vibraciones de alarma...

Los montañeses alcanzaron la victoria, poniendo en vergonzosa fuga a los enemigos. Pascual luchó como un héroe en la sangrienta jornada.

Al iluminar la luz del amanecer las callejas de Sombril, vióse a la puerta de la casa de Roslinda un hombre muerto... Su cuerpo, con pasmo de cuantos le vieron, no había recibido herida ni golpe de ninguna clase. Los enemigos no causaron su muerte: la Divina Voluntad dispuso de su vida en el momento en que el miserable mozo pretendía alcanzar el fruto de sus traiciones..

LA FÁBRICA EN RUINAS

LA FABRICA EN RUINAS

A orillas del Pas, que tiende por el encantador valle de su nombre el cristal de su corriente, que en las noches de luna es espejo de plata, y de oro cuando el sol le acaricia, álzanse unas tapias rotas y deshechas; el jaramago y el musgo las recubren, y sobre su verdinegra superficie deslízanse las lagartijas, y el silencio que impera en los lugares ruinosos lo interrumpe en todo tiempo el murmurio del río, al que hace coro en las noches estivales el croar de las ranas, el estridente cantar de los grillos y el antipático *cucu* de los sapos; como brillantes prendidos en un tul negruzco, destácanse en las ruinas los gusanos de luz.

Son dueños y señores de este recinto los reptiles y las mariposas; crecen en sus amplias explanadas espinas, ortigas y yerbajos, y a su punto florecen las rojas amapolas, las humildes margaritas y las candidas azucenas. Ningún varón prudente ni hembra temerosa de Dios se aventurará a hollar con su planta este paraje: si desfilan por sus cercanías, las mujeres se santiguan y los hombres cantan, que es manera decorosa de disfrazar el miedo; sólo los rapaces, que son de la piel del diablo, según afirman las personas sesudas, se atreven a jugar en tal sitio a moros y cristianos, y no es

cosa que asombre ver a alguno de los guerreros detenerse en lo más recio de la pelea, y puesto en cuclillas, ejecutar la más ruin y apremiante de las funciones fisiológicas.

* * *

No lejos de estas ruinas, y prendido en la falda de un monte, álzase un pueblecillo de hasta una veintena de casas; aparte la espadaña de la iglesia, descuella en el pintoresco caserío un vasto edificio de piedra que los del lugar llaman palacio, el cual palacio, con su correspondiente portalada, labrado en uno de los ángulos el escudo de armas inevitable en toda casa montañesa, hállase también en ruinas, destejado, sin vidrieras las ventanas, así es que cuando entra la luna por los enormes boquetes abiertos en la techumbre, ilumina de un modo fantástico los desmantelados aposentos.

Al palacio y a los muros derruidos de orillas del Pas los une una historia despeluznante, historia que no hay en el lugar y en sus aledaños viejo ni moza, niño ni abuela, que en las noches de invierno, al amor de la lumbre, en la ahumada cocina, haya dejado de oírse la contar a ti Cruza.

* * *

Lenta y solemnemente, con inflexiones de voz cascada y sibilante, dice ti Cruza:

—¡Hijucos! Bendito sea el nombre del Señor de cielos y tierra, que a todos mos da el pan de cada pía, ¡jamén!

Se persigna devotamente, y prosigue:
 —Era yo una chicuca—ya hace años de esto—
 cuando me contaba mi madre ti Nela, *la Barda*,
 como la decían por la color del su pelo, rubio como
 las mieses maduras, la historia que voy a contar-
 vos a vusotros.

La mi madre tenía un hermano llamado Quico,
 que se marchó a Indias, como se van casi todos los
 mozos de la Montaña para golver indianos... los
 que güelven, que muchos allá se quedan, sin que
 se sepa de ellos otra cosa que finiquitaron en el
 hospital o se murieron de hambre. Al mi tío no
 le debía ir mal en Méjico, que es en donde estaba,
 porque de vez en cuando mandaba a los sus pa-
 rientes un puñado de onzas. Los que golvían enes-
 tonces de aquella tierra de judíos (para ti Cruza
 todos los países, excepto el suyo, los poblaba la
 raza de Israel), decían que pronto golvería a la
 Montaña hecho un indiano... pero el caso es, hiju-
 cos míos, que los mis agüelos dejaron de tener no-
 ticias del su hijo, y que pasó un año y otro, y otro,
 sin saber de él palabra.

Quando menos se le esperaba llegó al pueblo
 convertido en indiano, Antolín, el del molino, con
 su mujer y su hija, ambas a dos delgaducas, des-
 mirriadas, con la color de las panojas. Al pedirles
 nuevas del mi tío, Antolín dijo que no podía darlas
 porque de donde venía, Méjico estaba a no sé
 cuántos cientos de leguas.

El del molino empezó a comprar tierras y casas
 en el pueblo; mandó hacer el palacio y la fábrica

de harinas, junto al Pas. Cuando se abrió ésta, hubo una gran merendona en la que estuvieron unos señorones de Santander y todos los indianos de la Montaña; a los del pueblo también nos convidaron a la fiesta y nos dieron a cada uno, en albricias, una onza de regalo.

En la fábrica entraron a trabajar todos los mozos de Villabrines. Antolín, don Antolín, como le decían, pasábase allí el tiempo, sin venir al palacio, porque la su mujer y la su hija, que eran orgullosucas y que ni los güenos días nos daban a los pobres, estaban casi siempre fuera del pueblo, en Madrid, o sabe Dios dónde, alternando con el señoría, y dándole güen aire a los dineros del indiano.

Ti Cruza interrumpió el relato para mirar a sus oyentes, y tras cerciorarse de que están atentos, continúa no sin suspirar algo ruidosamente:

—Aun cuando me veis vosotros agora como me veis tan vieja, sin dientes ni pelo, y sin poder valerme de risultas de la *ruma* que me coge todo el cuerpo, era yo, en los tiempos de que vos parlo, lo que se dice una moza de güen ver: rubia como la mi madre, alegre y enredadora, que traía a todos los mozos al mi retortero. Lucas, el de Quintana, ya sabéis quién, fué al que yo hice caso y nos casemos. Por cierto que el día de la boda, cuando estábamos en la plaza bailando, vimos que traían a Antolín en un coche, muy arropaduco con unas mantas. Servando, su criado, nos dijo que el su amo habíase puesto malo de pronto en la fábrica y que quiso que le trajeran al palacio. Don Sindo, el

médico (Dios le haiga perdonao), mandó que avisanan cuanto antes a las madamas a Madrid para que se pusieran en camino.

Entre la vida y la muerte estuvo Antolín unos cuantos días, piando por la su mujer y la su hija.

Las madamas llegaron a tiempo de recoger el último suspiro del su deudo, y al respetive de lo que pasó entre ellos, corrióse por el pueblo—sin que jamás se supiera quién fué el primero en decirlo (por más que se sospechase de una criada del palacio, muy parlatana y metijosa), que Antolín, sintiéndose en las últimas, pidió a la su mujer y a la su hija que, para que su alma no se condenase para sinfinito, entregasen toda su hacienda a los mis agüelos, por «costarles» a las madamas que los bienes de que disfrutaban no eran suyos, sino del mi tío Quico. A cuya demanda, según parece, la mujer puso cara de dimoño, y dijole al su marido, bufando como los jabalines, que ella y la su hija estaban acostumbradas a la vida de lujo, y los parientes de ti Quico a la suya de miseria, y no había por qué cambiar las cosas y quedarse los señores a pedir limosna, y los pobres a darse trato de reyes: que se muriese tranquilo, que ellas ya le pedirían a Dios en sus oraciones por la salvación de la su alma.

Y en éstas, murióse Antolín, el del molino.

Ti Cruza, para tomar aliento en su relato, abre una pausa:

—Dice el refrán—prosigue sentenciosamente—que cuando el río suena, agua lleva; lo que se corrió

por el pueblo era tan cierto como que agora es de noche, porque andando los años se supo, por los que golvían de Méjico, que el mi tío Quico había recogido en su casa a Antolín y a las madamas, que no tenían enestonces dónde caerse muertos, por haber perdido en un mal nigocio la su hacienda.

Púsose enfermo el mi tío, y llamando a Antolín le pidió que si moría recogiese todo el dinero que guardaba en una caja y viniera a la tierra a entregárselo a los sus padres.

Murió el pobre, y Antolín... ya sabéis cómo Antolín cumplió el encargo del mi tío.

La vieja entrecruza sus sarmentosas manos, y con la vista en el suelo permanece abstraída unos segundos, y masculla, como si hablase consigo propia:

—¡Josticia de Dios, hijucos, josticia de Dios!... Las carnes se me ponen de gallina siempre que m'alcuerdo de lo que les pasó a las madamas... yo las vi, y más valiera que no las hubiese visto...

A los pocos días de morir el del molino la madre y la hija bajaron a visitar la fábrica... La mozuca arrimóse a la maquinaria, y engancháronse los faralaes de sus sayas a una correa... Dió un grito de muerte, la madre quiso apartarla, y las dos mujeres quedaron destrozadas entre las ruedas... ¡Un horror, hijucos, un horror!...

Tiembla la voz de ti Cruza, y sus manos, instintivamente, refriegan sus ojos, como si quisiera apartar la visión trágica...

—Todo se lo llevó la trampa, es decir, los seño-

res de la josticia, y musotros mos quedamos tan pobres como siempre fuimos.

Y persignándose, termina a modo de *ritornello*:

—¡Hijucos! Bendito sea el nombre del Señor de cielos y tierra, que a todos mos da el pan de cada día, ¡amén!...

7

to de la patria y sus intereses
como como sus intereses
Y por último, terminando el discurso
Hijos! Banderos de la patria del
siempre y para siempre los vuestros
diez mil.

LA PROMESA

LA PROMESA

LA suerte, una mala suerte para los enamorados que no tienen otra riqueza que su cariño, determinó que Juan ingresara en filas.

Juan Crespo y Mari Cruz se despidieron al pie de la fuente vecinal que manaba de unas peñas rodeadas de altos álamos que atalayaban el humilde caserío, asentado en la vertiente de una montaña.

Era noche de luna, y su argentado claror envolvía a los novios, que al despedirse sollozaban de pena, confundiéndose su penoso hipar con el murmurio sempiterno del agua deslizándose por entre peñascos.

—No llores, mujer, no llores—repetía azorado el doncel.

—¿No he de llorar, hombre, si te vas?...!

—Pero ¡golveré! —replicó con fiera entereza Juan.

—¿Y si te llevan a la guerra, Virgen mía de los Remedios?

—¡Golveré!

—¿Y si te matan?

—¡Golveré!—insistió tercamente el mozo—. Y ante el mirar asombrado y doloroso de Mari Cruz, rectificó:

—Muchos que van a la guerra, güelven. ¿Y por qué no he de ser yo uno de éstos?...

—¡Cómo semos asina tan desgraciaducos!

—¿Desgraciaducos y mos queremos?... ¡Bah, bah!, no lo mires to tan turbio. Me da el corazón que he de hacer suerte.

—Dios te oiga.

—Me oirá. ¿He hecho yo enjamás daño a naide?... ¡Pues enestonces!... Pa ser algo en la melicia, ¿qué se nesecita?... Coraje... Pues yo no soy de los apocaducos que se ajuegan en poca agua... Lo menos que güelvo yo al pueblo es de general.

Sonrióse a su pesar Mari Cruz, replicando irónicamente:

—¡Lo menos! ¡Qué fantesioso eres, Juan!

—Soy cubicioso, y lo que es yo, no güelvo aquí de soldao raso, que te coste.

—Tú güelve, aunque sea de rancho; lo mesmo he de quererte.

—Pero más si me hacen capitán o comendante.

—Dígotte que lo mesmo.

—¡Más!

—¿Y tú?

—¿Yo?... Yo como agora, como siempre. Te lo juro por lo más sagrao pa mí, por la memoria del mi padre, que de Dios goce. Soldao raso u capitán general, tú serás mi mujer.

Un sollozo fué la réplica que pudo dar a esta rotunda promesa Mari Cruz.

Juan Crespo le tendió los brazos, y fué la despedida tan conmovedora, que dijérase que el agua de la fuente se detenía en su marcha para que llegase hasta el cielo el penoso latir de aquellos dos corazones amantes.

II

Ya el oro de los cabellos de Mari Cruz va trocándose en plata: han transcurrido muchos años desde el día en que se ausentó del pueblo el garri-
do mozo; muchos también los trueques y mudanzas habidos en la aldea; los que andaban a gatas en la fecha en que partió Juan Crespo, son ya unos mo-
zones como castillos, que fuman, juegan a los bolos y enamoran a las chicas; los jóvenes de entonces tienen ya el pelo canoso y los ancianos pudren casi todos en el humilde cementerio, sobre el que pro-
yecta sombra misericordiosa la iglesuca, cuyas campanas han sonado miles de veces, ora para fes-
tejar días de gloria, ora para llorar días de tristeza. Y Juan Crespo no vuelve a la tierra para cum-
plir la promesa que hizo cierta noche de luna al pie de la fuente que mana de unas peñas rodeadas de
altivos álamos; no vuelve, y, sin embargo, Mari Cruz le espera todos los días, y cuando declina la
tarde y las sombras de la noche van extendiéndose por el valle, dirígese a buscar agua a la fuente, y
en su paraje, como en el santuario de su felicidad, se abstrae pensando en el que no vuelve...

—¡Golverá!...—se dice a sí misma como queriendo fortificar la esperanza más risueña de su vida y la que le decidió a rechazar ventajosos partidos y a vivir sola y aislada en la casa de sus mayores, entregándose a ensoñar la felicidad que la espera cuando retorne el bien amado. Y aunque tiene un espejo y a él se mira a diario para hacerse su sencillo tocado, no advierte que los años van espolvoreando de ceniza su cabeza, ni que las arrugas se enseñorean de su cutis. No, no para mientes en esto porque su corazón lo siente tan joven y tan amante como cuando escuchó las dulces promesas de Juan.

En el pueblo, ya casi se conserva memoria de aquel mozo tan arriscado y valiente; los que le recordaban en los primeros años de su ausencia para darle vaya a Mari Cruz, ya no le nombran. ¿Quién sabe lo que habrá sido de Juan Crespo? La mayoría de sus conterráneos le dan por muerto en la guerra.

Mientras vivió su madre, un lustro escaso después de su partida, tuviéronse noticias suyas, llegando éstas hasta el punto de saberse que le habían hecho alférez por su heroicidad en un memorable combate. Y juntos con su última carta, mandó los recortes de unos periódicos en que se daba cuenta del brillante hecho de armas.

III

Ya hacía rato que sonó el *Angelus*, y la luna, una hermosa luna, asomaba su cara de plata al inmenso ventanal de los cielos, cuando Mari Cruz retornó de la fuente.

Al entrar en la corralera en que se alzaba su vivienda, detúvose atónita al reparar que casi todo el pueblo había se reunido en aquel sitio; un murmullo saludó su aparición.

Y antes de que pudiera inquirir la causa de tan inesperado bullicio, una comadre parlanchina, como lo son casi todas las comadres, fué a su encuentro diciéndola a gritos:

—¡Hijuca de Dios! ¿A qué no adivinas quién ha venido a buscate?...

—Juan — contestó sin titubear Mari Cruz —. ¡Juan, que ha güelto!

Y no hubo terminado la frase, cuando dos brazos rodearon su cuello; eran los brazos de Juan Crespo, pero un Juan Crespo en un todo distinto al que partió para servir a la patria: vestido a lo señor, todo canoso y arrugado, con unos bigotazos como los de un militarote.

.....

Fué larga la plática. ¡Tenía él que decirla tantas cosas! Porque lo que es ella, la pobre, sólo podía contarle que se pasó la flor de su vida esperándole.

La ambición desapoderada que se adueñó de Juan desde el momento en que vió lucir en sus mangas las primeras estrellas; la azarosa vida de campaña, en la que consumió casi todo su tiempo; su natural enemiga de fiar al papel sus misivas amorosas; el pleno convencimiento de que Mari Cruz le esperaría un año y otro, fueron causas que retardaron el cumplimiento de su promesa, hasta que un día el remordimiento de haber marchitado estúpida-mente la juventud de la mujer adorada, le hizo regresar a la tierra.

—Los del pueblo—dijo a su prometida—ya saben que he vuelto a cumplirte mi palabra; pero no saben, porque quiero que seas tú la primera en saberlo, cómo vuelve el paisanuco. Mis ambiciones han sido en todo superadas: he hecho una gran carrera en la milicia.

—Pero ¿eres más de lo que dice este pedazo de papel?—le interrumpió Mari Cruz, abriendo mucho los ojos y señalándole el recorte del periódico, ya amarillento, que se encontraba al pie de una estampa de la Virgen de los Remedios.

Juan Crespo acercóse a la santa imagen y leyó, presa de la mayor emoción y gratitud, aquel retazo de papel impreso que refería la heroica acción por la que se había conquistado el grado de alférez.

—¡Más, mucho más! ¿Te acuerdas lo que te dije en broma la noche que me despedí de ti?...

—¡Ya lo creo! Me dijiste: «Lo menos que güelvo yo al pueblo es de general.»

—¡Y de general vuelvo!—afirmó Juan Crespo, con la arrogancia propia de los triunfadores.

TI FORTUNA

W. FORTUNA

Astroso y derrotado, *Ti Fortuna* (jironía del mote!) paseaba a lo largo del muelle, fisgando con apagados ojos el trajinar de los pescadores, que, descalzos, arremangados los calzones y mangas, trasladaban con mareante celeridad el plateado botín que llenaba sus barcas a los capachos que les tendían las vendedoras.

Aquel pobretuco viejo, aquel popular *Ti Fortuna*, fué en su tiempo el hombre de mayor suerte que ha regido un timón y tendido las redes en el Cantábrico; ninguno como él recogió copos mejores ni nadie le aventajó a conocer el mar; sus pronósticos cumplíanse siempre, y cuando permanecía inmóvil en su trainera, fija la vista en el agua y en el horizonte, como si quisiera sorprender los inscandables misterios de la Naturaleza, los demás pescadores le contemplaban mudos y anhelosos, y si decía «¡Avante!...», batían alegres y esperanzados los remos, y si, por el contrario, gruñía secamente «¡A casa, hijos!», se desalojaban las barcas: la experiencia les había enseñado a respetar a *Ti Fortuna* como a un oráculo.

A un hombre que como al señor Juan todo le salía a pedir de boca, ¿que otro apodo podía caracterizarle mejor que el que le pusieron?... Era le

patrón de más fama y de más monises de toda la costa, y a él acudían sus compañeros si necesitaban de una mano protectora, de un buen consejo o de un puñado de plata.

Al verse rico, más rico de lo que jamás soñara serlo, *Ti Fortuna* realizó el anhelo de toda su vida: compró en lo alto de un picacho, que bañaba tumultuosamente el mar, una casita blanca de esas cuya contemplación evoca idilios venturosos...

A pesar de la rudeza de su carácter, propia del que a diario lucha con Adamastor, el gigante de las tempestades, surgía en lo hondo de su pecho, como flor delicada en la hendidura de ingente peñasco, una ansia inefable: a su manera, el señor Juan consideraba como el complemento de su felicidad el amor de una mujer que esperase impacientemente su regreso del rudo pelear con las olas, y con una sonrisa o una frase de cariño le animase y consolara en sus tribulaciones.

¡Sí!, quería poseer lo que muchos de los que iban en sus barcas poseían: una mujer, hijos. Por éstos debe ser la lucha más ardua y el premio más hermoso. *Ti Fortuna* fingíase un hogar y se veía en él querido y respetado; aquél sería puerto amoroso, refugio santo donde arribar siempre en busca de paz para el espíritu, de reposo para el cuerpo.

- Cuando doblase aquel cabo en cuya cima, como celestial promesa, erguíase la veneranda Virgen

del Mar, su plegaria sería más honda y menos egoísta: pediría por su esposa, por sus chiquitines.:

Aquella ansia hizosele irresistible, y sin parar mientes en que ya había cumplido los cuarenta, y menos aun en que la mujer es más pérfida que la onda (¿qué sabía él de tan desconsoladora y clásica afirmación?), resolvióse a enamorar a la mejor moza del pueblo, cuyo caserío, visto desde alta mar, parecía nidada de palomas descansando en la vertiente de una peña.

La moza rindió su voluntad, no al hombre, sino a su fama; no al cariño, sino al dinero.

Ya tenía el patrón una mujer que le esperara al volver de la mar, y quien animase, con sus cantos y sus risas, la casa antes sombría y silenciosa. Loco de ventura, hacíansele interminables las horas lejos de su nido, que en lo alto de un picacho alzabase como si quisiera estar más cerca del cielo que de la tierra...

¡Tenía señor Juan tanta hambre de caricias!...

Ya no iba a «matar el tiempo» ni a vaciar botellas de sidra en la taberna donde se reunía su gente; ya los días de fiesta, convertido en rodrigón de su costilla, entrábase en la iglesuca del pueblo; ya ponía sumo cuidado en acicalarse a lo rico; ya, en fin, *Ti Fortuna* era otro hombre y hablaba del matrimonio como del estado mejor, más perfecto y conveniente que pueden apetecer los mortales.

Aquel hombre de mar, que en la lucha heroica contra las olas y el viento no tembló nunca ni jamás sintió el escalofrío del miedo ante los mayores peligros, sintióse cobarde y lloró al darse cuenta de que la mujer por él elegida le traicionaba.

¡Sí, le traicionaba! No le quería; le había engañado miserablemente; había caído en sus brazos atraída por su dinero, no por su cariño; el hogar que él creyó paraíso, trocábase en infierno; el ángel, en serpiente: una desilusión espantosa.

Con mortal angustia veía señor Juan llegar la hora de volver a casa y encontrarse con aquella mujer que no le quería, que le odiaba, que tuvo el cinismo de desenmascararse y la poca caridad de eacupirle a la cara palabrotas de esas que emplean las mujerzuelas en el colmo de la rabia y del despecho.

Había insultado a su hombre con irritante y asquerosa procacidad, y el lobo de mar calló como un cordero, murmuró una blasfemia y salió de su casa dando trapiés como ebrio.

Con sorpresa de todos los pescadores, *Ti Fortuna* perdió la ecuanimidad que le hacía sobreponerse a los elementos; ya no se detenía en el puerto a sorprender el misterioso arcano de la Naturaleza: lanzábaze denodado con su barca mar adentro, muy adentro, donde nadie se atrevía a ir, y si amenazaba temporal desoía los consejos de los prudentes y en su cara reflejábaze una alegría siniestra... ¿No era preferible sucumbir a arrastrar vida tan miserable como la suya, roto el gran encanto de sus amores?...

Aquello era un afán suicida que él ocultaba a sus compañeros..., ¿A qué contarles lo que a él le pasaba, si tal vez no le comprenderían bien o acaso le aconsejaran estúpidamente que la abandonase o la matara?

¡No! ¡Eso no!... Ni abandono, ni muerte: tenía miedo invencible a lo ridículo de su situación y al escándalo que sobrevendría en el primer caso... Para lo otro le faltaba valor.

* * *

Al romper la aurora de aquel día de marzo, *Ti Fortuna* apareció en el puerto con una cara como la de un difunto por lo pálida y desencajada y con los ojos enrojecidos.

Sin prestar atención a los escasos pescadores que había a su alrededor, desatraco su trainera, sentóse en ella, empuñó los remos y rabiosamente los hundió en el agua.

¿Adónde iba *Ti Fortuna* solo?... Ni él mismo podría decirlo... Iba a ver si él y su barca se estrellaaban contra las rocas... Era el epilogo preciso al drama: la noche antes había encontrado su hogar abandonado, solo...

Creyó volverse loco ante la infamia de que era víctima, y anonadado, inconsciente, pasóse la noche silenciosa, fría e interminable, abismado en uno de esos dolores infinitos que destrozan por completo una existencia...

No quiso tomar venganza ni ir en busca de la culpable...

Mejor era buscar la muerte allí mismo donde tantas otras veces se defendió bravamente contra ella.

A la caída de la tarde regresaban al puerto las barcas pescadoras; en una de ellas traían al señor Juan inanimado, como muerto; habíanle encontrado tendido en un peñasco, desangrándose; la trainera hecha añicos.

Ya no volvió más *Ti Fortuna* a habitar aquella casita en otro tiempo nido codiciado de venturas; la malvendió en unión de sus barcas y de sus artes de pesca; buscó en el vino consuelo a sus desdichas, y pasábase los días enteros en las tabernas, embruteciéndose; esto mientras le duró el dinero, que, al acabársele, volvió a la mar, y volvió como uno de tantos pescadores, conformándose con la mezquina parte que en el reparto de ganancias pudiera corresponderle.

—Desde que le ocurrió lo de la mujer, me decía un camarada, el pobre *Ti Fortuna* no ha vuelto a levantar cabeza, y ahí le tiene usted rondando el puerto por si alguien quiere llevarle en su barca, muertecito de hambre. Jamás habla de lo que le ha sucedido; pero si se le quiere ver furioso y dispuesto a hacer una barrabasada, no hay mas que hablarle bien de las mujeres.. Las odia a muerte, y cuando pasa por su lado una buena hembra, extiende hacia ella los puños cerrados y la maldice...

MARI RAMOS

MAR RAMOS

Cuando llegó a la aldea, después de ocho lustros de ausencia, nadie presumió que fuera Gildo Perrucas aquel señorón de calva reluciente, bigotes entrecanos, cara amarilla y rugosa, hablar meloso, que llamaba «mi hijito» a todo bicho viviente, que lucía preseas deslumbradoras y se permitía el lujo inaudito de hacer sonar el oro en los bolsillos de su chaleco de terciopelo azul ramado.

Hiciéronse cruces los villabrinenses al oír asegurar al propio don Hermenegildo que era hijo de *ti Farruquín, el Paraguero*, que santa gloria haya.

Los más viejos del lugar expresaban con ponderaciones un tanto gedeónicas su asombro por ver convertido a aquel diablo de chiquilluco en un señorón tan alto, tan calvo, tan seco, tan arrugado.

Y con sus vocecitas desmayadas, entrecortadas, silabeando, glosaban los viejos:

—Eso pa que mos cuenten a nusotros que no güelva ya naide indiano de la América.

—Si paece cosa de fantasía que sea este mesmo señor el hijo de *ti Farruquín*, aquel Gildo tan tra-

vieso que no pensaba mas que en andar a pedrada limpia con los chicos de su igual, y con too lo que se le ponía por adilante.

—¡Es un pasmo, hijucos, que haiga hecho suerte un piazó de leño como este! Porque m' alcuerto yo que le echaron de la escuela porque ni por los santos ni por la Virgen pudo aprender el silabario... Bien dicen que no es cencia lo que se nesecita p' hacer fortuna en el mundo; suerte mos dé Dios, y hará un presonaje de un abedul.

Y así, poco más o menos, todos recordaban el hogar del difunto *ti Farruquín*, donde siempre se hospedó el hambre.

Advirtió la gente que don Gildo Perrucas, a pesar de sus años, de su escandalosa calvicie y de su rostro de castaña pilonga, bebía los vientos en cuanto se le ponía a tiro una buena moza: ¡y las había buenas en el rinconuco aquel de la Montaña! Y menos mal si se contentara con sólo beber los vientos; lo peor era que, dándose las de pisaverde irresistible, caído el jipijapa a la nuca, los dedos afirmándose en las sisas del chaleco, le espetaba a la rústica hermosura su atrevido sentir, con palabras dulzonas que trascendían a guayabita pura. Las mozas reíanle el chiste, y aunque protestaban del atrevimiento de galán tan caduco, quedábanle agradecidas. No reían tanto los mozos la gracia del vejete, por ser el tal quien era: tratárase de un pelantrín, y las carcajadas encontrarían eco en las montañas vecinas. Pero todo el que dispone a su antojo del dinero, maneja un arma formidable... ¡Se compran con éste tantas cosas que jamás debían venderse!...

De todas aquellas lindas mozas que requerebraba don Gilito, había una tal Mari Ramos que era una

hermosura; la vez primera que le dijo el amartelado vejestorio «buenos ojos tienes», quedósele mirando de pies a cabeza y soltó el trapo de la risa tan sin recato, que quedóse el de Perrucas patidifuso y abochornado.

La regocijada y sonora réplica despertó en son de desafío su amor propio, y juró, como podría jurarlo un traidor de melodrama, de su facha y de su fecha, que «de rodillas y a sus pies» había de verse la burlona beldad.

Empleó el astuto hijo de *ti Farruquín*, todas sus mañas de hombre viejo y camandulero que ha corrido mundo y sabe tocar oportunamente los resortes propicios para adueñarse de la voluntad ajena, en reducir la de Mari Ramos, la cual cuanto más tenaz veía el asedio, con más risotadas se defendía, y para evitar un escándalo de los gordos, se lo callaba a Lucas, su pretendiente, un montañesón ricio como un roble.

A la hora en que acostumbraba echar una parrafada con su novia, llegó Lucas una noche a la corralera; presentóse como quien padece mal de estómago o mal de celos.

—¿Qué tiés, hombre, que tan malancónico vienes?—preguntóle con cariñosa solicitud la moza.

—Eso que tú has dicho, malanconía de la mala. Acabo de saber una cosa que, si fuera verdá, por éstas que son cruces, que alguien había d'alcordase pa sin finito de Lucas Maluendas.

—M'asustas con el tu cantar. ¿Qué es ello?

—M'han dicho que te rolda ese dimoño de gurrión pelao que el Señor confunda, amén.

—¿De qué gurrión pelao parlas, hombre?...

—De don Gilito.

—¡Bah! Roldame no me rolda, que te coste; fe-
guraciones de algún mal intencionao u infernaora...
Lo que hace don Gildo, es parlame.

—Y tú, ¿pa qué le ascuchas?...

—¡Otra! ¿Voy a meterme panojos en las orejas
pa no oirle?...

—¿Y de qué te parla?

—¡De la mar y de sus barcos!

—No lo echas a groma, mujer, que te parlo
serio... No es un mal intencionao ni una infernaora;
presonas que bien me quieren m'han asiguroao que
te anda haciendo la rosca pa casase contigo. Y
agora quiero yo saber qué papel es el mío en esta
cumedia. Porque malos papeles en los jamases los
hice... Y quiero tamién que se me parle claro, y se
me quite el ajuego que tengo aquí aentro esta
noche.

—Y a parlame voy pa que no t'ajuegues. Ni el
don Gildo ese me rolda, ni yo le hago cara, ni tú
ripresentas malos papeles. Y sépate que yo soy
una mujer honrá... ¡Que te coste a ti tamién esto,
por si no lo sabías!...

Dijo Mari Ramos con dolorido a la par que enér-
gico acento de protesta, y Lucas quedóse como
por ensalmo libre del «ajuego» que la supuesta
traición de la moza le produjo.

III

Cierta mañanita del más florido y hermoso de los meses, corrió por el pueblo un notición estu-
pendo, despeluznante.

Habíase encontrado muerto, junto a la fuente vecinal a Lucas; su novia arrodillada junto al mozo, permanecía como la estatua del dolor: muda, sin apartar los ojos de aquel cuerpo rígido, que también la miraba a ella en silencio con aterradora persistencia, los ojos como de vidrio, fijos, con expresión de ascmbro.

Todos los de la aldea dirigiéronse hacia la fuente, emplazada en la linde del bosque de robles centenarios, y todos quedáronse en el primer momento sobrecogidos de espanto; luego invadió sus almas piadosa conmiseración hacia aquella inesperada tragedia que rompía un idilio en plena juventud y en pleno amor.

Todos diéronse a comentar el origen del pavoroso cuadro que tenían a la vista. Ya cerca del atardecer llegó el Juzgado, y entonces se supo oficialmente que el pobre Lucas Maluendas había muerto a consecuencia de un colapso cardíaco, y

que su novia, terriblemente impresionada con tan súbito accidente, habíase vuelto loca.

Tales afirmaciones hizo el forense a los curiosos y entrometidos que le preguntaron la causa de semejante desgracia.

VI

Los del pueblo dieron en murmurar que el mal
 de los hombres que no sabía lo que se leía entre
 manos.

Compañeros y compañeros contábase al otro que
 el empalme de los hombres era el resultado de la
 mala ventura.

Y seguían como si lo hubieran visto que don
 Gillo perteneciese al fin de que con buenas artes
 un conde se había vuelto la voluntad de Mari Ramon.
 había estado a los efectos de la Barba, la Barba
 remanente con que era conocida en el lugar, una
 infante y en la parte a la que se había encontrado
 de con el propio Barba.

Y lo de que en estos casos se trata de un he-
 bodio a Mari Ramon, que se hizo olvidar a la casa
 y sentarse irremisiblemente a la casa don Gillo
 los lazos, sabedor de tales cosas, más venturas
 por su mano y dispuestas a cometer una de las
 gordas, cuando la Barba, que estaba al tanto
 de los más recónditos secretos del mundo, había
 a parat el golpe.

que se movió terriblemente impresionada con tan
 súbito accidente, habiase vuelto loca.
 Tales afirmaciones hizo el forense a los médicos
 y embusteros que le precedían la causa de sa-
 mejante desgracia.

IV

Los del pueblo dieron en murmurar que el médico forense, a pesar de toda su ciencia, era un pobre hombre que no sabía lo que se traía entre manos.

Comadres y compadres contábanse al oído que el emperejilado vejestorio era el causante de la terrible aventura.

Y aseguraban como si lo hubieran visto que don Gilito percatándose al fin de que con buenas artes no conseguiría rendir la voluntad de Mari Ramos, había acudido a los oficios de ti Bárbara, *la Bruja*, remoquete con que era conocida en el lugar una infeliz valetudinaria, a la que suponían emparentada con el propio Satanás.

Y, lo de ene en estos casos: la bruja dió un bebedizo a Mari Ramos, que la hizo olvidar a Lucas y sentirse irremisiblemente atraída hacia don Gilito; Lucas, sabedor de tales trueques, juró vengarse por su mano, y disponíase a cometer una de las gordas, cuando *ti* Bárbara, que estaba al tanto de los más recónditos designios del mozo, acudió a parar el golpe.

Y una mañanita del más florido y hermoso de los meses, la astuta vieja, acompañada de Mari Ramos, fué a la fuente; acudió al olor de la moza el despechado galán. Venía engallado y con aires del que busca pelea: enzarzaronse de palabras «él» y «ella», y habríanse trocado las voces tal vez en lluvia de puñetazos, que Lucas Maluendas (que en paz descanse) era un tanto bruto, si la bruja oportunamente y después de un rezo satánico, no le hubiera hecho «mal de ojo». El pobre mozo cayó muerto como herido por el rayo, y loca de horror que dóse la moza.

Y esto, según *vox populi*, era, en substancia, lo ocurrido con los novios, y no lo que gravemente afirmaba el doctor, que sabía mucho de medicina y de latines, y aun «gringo», pero no sabía—¡pobrecillo!—que había brujas en el mundo.

Don Gilito, desde que ocurrió la tragedia de la fuente, ofrecióse a la malsana curiosidad de sus paisanos, tristón y cabizbajo. Esto dió lugar a que los del pueblo afirmáranse en un todo en sus murmuraciones.

Y a oídos del enamorado vejestorio hubo de llegar el milagro que caritativamente le atribuían, y por más que protestó que no había tenido tratos con la bruja del lugar, ni con ninguna otra del mundo entero, ni arte ni parte en la muerte de Maluendas, acentuóse de tal modo la pública animadversión hacia don Gilito, que éste creyó lo más acertado ausentarse para siempre del terruño ingrato.

.....

Pocos meses después de la huida del de Perrucas, volvió otra vez al pueblo el Juzgado: venía a levantar el cadáver de *ti Bárbara, la Bruja*, que se había despenado desde lo alto de un barranco.

El pueblo creyó ver en este accidente fortuito un castigo providencial.

Después de practicadas las oportunas diligencias,

el juez y el médico forense retornaban hacia sus lares.

Hablaban de la desgracia en que, por ministerio de la ley, habían intervenido.

—Esa pobre *ti* Bárbara ha muerto en olor de brujería.

—¡Bah! ¡En el siglo veinte creer aún en brujas!— dijo, encogiéndose desdeñosamente de hombros, el forense.

—A *ti* Bárbara, y también a aquel ridículo indianete que se marchó con viento fresco, les achaca el pueblo la muerte de Lucas Maluendas y la locura de su novia.

—Y no le falta razón al pueblo: el vejete es el mayor responsable...

—¿Eh?—interrumpió estupefacto el juez—. Entonces, ¿es verdad también lo de la bruja?...

Dijo esto último con sutil ironía.

—¿Quién habla ahora de brujas, hombre? La brujería aquí la ha cometido el eterno mago y fabricante de hechizos: el dinero. Por los mismos padres de la infeliz Mari Ramos he sabido que obligaron a su hija a no desairar al tontaina de D. Gilito: el dinero de éste les cegaba los ojos y el alma. Resistióse la moza un poco, pero sucumbió también, ofuscada con el brillo del oro... La última entrevista que tuvo con Lucas fué para darle calabazas... Y amigo mío, convengamos en que se puede morir de amor... Tan terrible y funesta fué la impresión recibida por el muchacho, que determinó su

muerte. Mari Ramos harto castigada ha sido por su deslealtad.

—¡Qué drama pasional tan emocionante podría escribirse con esta historia de amor!...

—Historia, querido amigo, que el pueblo convierte en uno de esos cuentos de brujas que tanto embelesan al vulgo.

LA RUINA

LA RUINA

La frente sudorosa, la espalda encorvada más por la pesadumbre de los años que por el liviano peso del cuévano vacío que sostenía; los calzones medio caídos, la faja escurriéndosele, empolvados los toscos y maltrechos zapatones, hecho, en fin, ruina ambulante, iba *Ti Panojuca*, camino de su casa.

Llenaba el sendero angosto que se abría entre bardales, sin fin de pedruscos con los que de continuo tropezaba el pobre viejo, arrancándole cada tropezón una dolorosa y enérgica protesta.

La tarde era de noviembre y soplaban un ventarrón que zumbaba en todo el valle, a ratos, *pianissimo*, débil como un suspiro que iba en *crescendo*, hasta trocarse en amedrantador rugido. El sol, desmayado, tristón, en un cielo ceniciento, brillaba como una rodaja de oro en lo alto de la montaña cubierta de nieve, de la que se escapaba, como un jirón luminoso, la niebla que borraba la caprichosa silueta de su cumbre picuda.

Tras muchas fatigas, innumerables tropezos y sempiterna letanía de reniegos, el viejo llegó a su casa, una casuca ruinosa y miserable; las paredes, combándose como las espaldas de su dueño; el balconuco, salidizo, de madera, falto de tablas en el piso,

y con sólo un balaustre en uno de los extremos de la barandilla, amenazaba desplomarse, según la peligrosa inclinación que habían tomado sus endebles soportes; el tejado, con unas cuantas tejas rotas, sujetadas con piedras, y al descubierto en su mayor parte la armazón de madera podrida; las ventanas, sin postigos ni cristales; los cercos amarilleaban por la carcoma que los roía: hasta el peldaño del umbral estaba desgastado, roto. Esto por fuera; por dentro, el humo, en el transcurso de los años, había pintado de negro brillante las paredes, las vigas de la techumbre, el misero ajuar de aquella vivienda, que por lo obscura y tétrica, parecía el antro de un espíritu infernal.

Arribó, pues, el viejo a sus lares, dió un recio puntapié a la portillera que defendía la entrada de la casuca, y encontróse en la cocina: ardía en el llar tenue rescoldo; del garfio pendía una caldera con agua humeante, y próximo al fuego vislumbrábase algo blanquecino con dos círculos que relucían como ascuas: era el gato, un gato digno de la casa y del propietario; viejuco, desmirriado, tristán, que como símbolo de la quietud pasábase la mayor parte del tiempo inmóvil, sentado sobre sus patas traseras, al amor de la lumbré, que calentaba su cuerpo decrepito y friolento.

Ti Panajuca dejó arrimado en uno de los rincones el cuévano, y paso a paso, llegóse al llar, quitó la caldera del garfio, púsola a un lado, tomando un montón de árgomas secas que había a los pies de un banco, y echóle sobre el rescoldo.

Al punto fué encorvando el cuerpo, y a medida que éste acercábase a tierra, acrecíale el temblor de las piernas; puso las descarnadas manos en el reborde del llar; trabajosamente consiguió doblar las rodillas, quedándose a gatas; jadeando, tendida la cabeza hacia el rescoldo, empezó a soplar con todas sus fuerzas, que no eran muchas, hasta que la llama prendió en las árgomas y una gran claridad inundó la cocina, acentuando sus negruras, interpoladas en la techumbre enormes y polvorientas telas de arañas.

Rendido, sentóse el visjo en un taburetito que no tendría un pie de altura, de espaldas al fuego y dando frente a la puerta de entrada.

Desde tal punto veíase en primer término una plazoleta, en la que se erguía una cajiga centenaria, de tronco gigantesco, lleno de brechas que parecían cuchilladas; sus raíces sobresalían de la tierra, combándose, retorciéndose como serpientes negruzcas de cuerpos disformes: detrás de la cajiga abríase parte del valle, tierras de labor limitadas por un arroyuelo que hacía sonar su eterna canción al deslizarse por los peñascos que obstruían su corriente; al fondo, sobre un cielo plomizo, la montaña cubierta por la neblina; todo melancólico, quejumbroso como el día, como el aire que, mansurrón a ratos y a ratos bravío e imperioso, llenaba de sonoridades el valle...

Ti Panojuca, con los codos apoyados en las rodillas y entrambas manos la cabeza, fijaba la vista en el panorama, con esa expresión indefinida

del que tiene abstraído el pensamiento, lejos del lugar en que se encuentra.

Hondas y graves eran las reflexiones que traía el viejo en el magín; arrugas como cuerdas surcaban su frente, y el rostro reflejaba un doloroso desaliento. Inconscientemente púsose a hablar en voz alta, que resonaba en la cocina como un rezo entrecortado y angustioso:

—Señor, ¿pa qué estoy ya en el mundo, hecho un carcamal, solo, sin tener quien me dé un pedazuco de borona, sin juerzas, abandonao de los míos?... —musitó, fijo en la cajigona que sonaba sibilante, tremebunda, azotada por el ventarrón.

Refregóse con los puños los ojos, a los que asomaba el llanto, y prosiguió:

—Pa colmo de males vendrá agora ese hombre, es decir, esa rámica en fegura de presona, y se me llevará lo único que algo vale, la mi *Perla*, y ¡cállate Gildo, y no te enrites, y déjale que por las güenas se lleve la tu vaca, porque has reconocido la deuda, y papeles cantan, y si ese desalmao llama a la josticia, te embargarán hasta los calzonucos, y tendrás que dir por los caminos como los probes de solenidá pidiendo una limosna por amor de Dios!... ¡No!... ¡Eso no!... Gildo Gómez de la Portilla primero se tiende bajo la cajigona esa y se muere de hambre... ¡Josús mío me valga!... ¡Ni que me hubiera caído una maldición!... Toos los bienes perdíos; la mi mujer, mi Tomasuca, allá abajo, en el hoyo grande; los mis hijos, en la América, sin acordarse de que tal padre tienen... Cría hijos, sacrefi-

cate por ellos, hazlos presonas y malvende las tierras y el ganao, y ¡ya te darán el pago, Gildo!... Si no tuviera yo esta ruintera encima, na *me se* importaba de que los hijos me pagaran los sacreficios con ingratitudes... Dios a toos pide cuentas en su día... Pero ya soy un viejo enútil, y los viejos sin monises son trastucos que estorban en toas partes.

Calló Gildo un momento, y en su rostro, cada vez más sombrío, y en su frente, acentuándose las arrugas, leíase el infinito desaliento de su alma.

En el llar chisporroteaban las árgomas, y el gato permanecía inmóvil, fijos los ojos en la lumbre.

Oyó el viejo sonar de pisadas, y súbito alzóse del taburete, restregándose de prisa los ojos con el reverso de sus manos sarmentosas.

—¡Ya está ahí esa rámila!—murmuró azorado.

En el vano de la puerta destacóse la «rámila»; era un viejo repulsivo, una corcoba andante que se cubría de andrajos, porque, desde el sombrero blando, de alas cortas color ceniza, agujereado y zurcide a trechos, hasta los zapatos, rotos, sujetos con tramilla, dejando al descubierto los pies, que no resguardaban ciertamente medias ni calcetines, era un conjunto de harapos, de corcusidos y de remiendos, todo sucio, deslustrado, mortecino; juraríais, al ver tal indumentaria, que su dueño era el más infeliz de los mendigos; pero fijándoos en la cara apergaminada y rugosa, en la que se abrían dos redondelitos verdosos, vivaces, pero fríos, ojos de reptil; la boca desportillada, descoloridos los labios; la nariz de pico de loro, y el aspecto, en

suma, repulsivo, leeríais la mayor de las avaricias, enseñoreada en la ruindad de un cuerpo que parecía a cada instante próximo a derrumbarse en tierra.

Con voz débil, voz de tumba, saludó el recién llegado a Gildo, que le replicó con un gruñido de fiera acorralada que teme arrojarse sobre un enemigo, pero que se rebela furiosa.

—Vec que me esperabas... Bien está, hombre, bien está—prosiguió el avariento personaje sin que pareciera importarle gran cosa el gesto airado de su interlocutor—. Supongo que tendrás lista la *Perla*, porque pienso llevármela ahora mesmo, antes de que se eche la noche encima.

Y mientras decía esto blandía un rollo de cuerda que traía prevenido.

—¿Conque quieres llevártela ahora mesmo?—tartamudeó Gildo tembloroso, flameándole los ojos de rabia.

—A lo que vengo, vengo, y no hay que perder el tiempo. ¿Creías, acaso, hijuco de Dios, que iba a venir sólo a hacerte una visita con el temporal que hace?... La *Perla* en la cuadra, ¿eh?...

—Sí, en la cuadra—suspiró Gildo.

—¡No!... ¡No te molestes, hombre, no te molestes, que ya sé yo el camino!... ¡Ah!... Toma: ahí tienes el documento... Entérate... Cuanto más amigos, más formalidá.

Y registrándose el bolsillo interior de su chaqueta sacó un puñado de papeles que amarilleaban, hechos muchos dobleces; entresacó el que pertene-

cia a su deudor, y alargó la mano para entregársele.

Recogióle Gildo con violento ademán; el usure-ro, impertérrito, reanudó el diálogo, sonriéndose fría y cínicamente.

—¡Y da gracias que me conformo con la tu *Perla*, porque son veinte duros los que me debes!

—¡Diez!—rugió Gildo avanzando un paso hacia su interlocutor.

—¡Justo, hombre, justo!—afirmó éste impasible—; diez duros que te presté hogaño, por San Juan, *ite* los réditos, que suman en total veinte, criatura de Dios, veinte... Números cantan...

—¡Ladrón!...—masculló Gildo anonadado, dejando caer a lo largo del cuerpo los brazos.

—Y créete, hijuco, créete que he hecho un mal negocio, porque la tu vaca está tan vieja como tú, y sólo sirve pa llevarla ca Vicente, el carnicero, pa que la haga cuartos... ¡Y el animaluco, la verdá, y no te ofendas, por la vejera y el poco cuido, está en los puros güesos!...

—La mi *Perla* no la llevas tú al degolladero... ¡Eso sí que no!...

—¡Bah! ¡bah! No seas tontuco ni fantesioso... La tu vaca irá donde yo quiera que vaiga, porque es mía...; ¡que te *costel*, donde yo quiera.

Y arrastrando los pies, bamboleante el cuerpo como imagen en procesión, dirigióse hacia la parte trasera de la casa, mientras que Gildo, inmóvil, apretando fieramente los puños, en los ojos el llanto y en el corazón las hieles más amargas, veía marchar a la «rámila».

—¡Ladronazo!... ¡Canalluca!—voceaba con acento indefinible, orlados los labios de espuma blanquecina.

.....

Volvió a reaparecer la encarnación de la usura, tirando a la desesperada del cordel con que sujetaba a la *Perla*, que se resistía a seguir a la estantigua.

Gildo voceó con voz de llanto:

—¡No te vaigas con ese bandido, *Perluca* mía!... ¡No te vaigas con ese dimoño, que va a matarte!...

Con risa que crispaba los nervios oíale la «rámila».

—¡Hala, *Perla!*... ¡Hala, *Perla!*—gritaba desmayadamente, tirando cuanto podía del cordel y afianzándose con la cayada en que apoyaba y su esquelética mano.

Gildo, con vivacidad inexplicable, corrió hacia la vaca, tendidos los brazos, y, rodeándola con ellos la testuz, tartamudeó, mientras la besuqueaba amorosamente.

—¡Adiós, la mi *Perla!*... ¡Adiós!...

Impaciente el usurero, gruñó no sé qué de chifluras y melindres de viejo, y para abreviar la escena tiró reciamente de la *Perla*, que esta vez obedeció mansa a su guía.

El hombre y la vaca alejéronse por el sendero angosto, flanqueado de zarzales.

Siguióles con la mirada Gildo desde la cajigona,

hasta que un recodo del camino se los ocultó para siempre...

Como si por un esfuerzo sobrehumano hubiera permanecido el viejo en pie hasta entonces, desplomóse a tierra sollozante.

El sol, amortecido, había traspuesto la cima de la montaña, que recortaba ahora su silueta en un cielo rojizo, como de sangre.

El viento continuaba ululando por el valle, y al azotar las escuetas ramas de la cajigona, hacíalas vibrar con lúgubre gemido...

LA HIJA DEL TAMBORILERO

LA HIJA DEL TAMBORILERO

to a una estampa de San Juan Bautista irreverentemente ennegrecida por las moscas, veíase el tamboril con su parche denegrido por el continuo golpear de los palillos... *Ti Nasio*, al verlo cubierto de polvo, suspiraba y se enfurecía... Lo que más le llegaba a lo vivo era el trueque operado en todos sus convecinos... Antes, mucho «*Ti Nasio* por arriba», «*Ti Nasio* por abajo», y mucho pasarle la mano por el hombro y convidarle a vasos de vino y a merendonas y holgorios, y ahora de higos a brevas metía la cabeza en su casa algún desocupado para preguntarle con hipócrita conmiseración: «¿Qué tal va lo del parális, *ti Nasio*?...» Y nada más: se acabaron los halagos y las convidadas y el interés y el cariño...

¡Oh, ingratitud humana!... Había cesado el hombre de divertir al prójimo, y el prójimo le volvía la espalda. Con el aquel de la enfermedad fueron a parar a otras manos las modestas preseas, los vestidos, los muebles, y cuanto tenía algún valor en el hogar; se habían hipotecado los cuatro pedazos de tierra y malvendido una vaca: lo que se dice un desastre de los gordos. Si no fuera por Nati, la hija de *ti Nasio*, éste había acabado sus días en el hospital... Nati, la mozuca más garrida y pinturera, la que tenía labios rojos como las cerezas maduras, manos de reina y pies de princesa china, iba a destripar terrones de sol a sol, y formaba a la cabeza de la cuadrilla volante de obreras del campo como la más sufrida y trabajadora... El tamborilero, quietecito en la silla, pasábase las horas

pensando en aquel ángel que tenía por hija, y cuando la veía entrar gallarda y risueña como si tornase de una fiesta, alegrábasele el alma y murmuraba para su remendada camisa:

—¡Bendita sea mi hijuca de mi vidal...

II

Antes, las señoritas de Villabrin tenían a gala ir en compañía de Nati; ahora, apenas si la saludaban; antaño, cuando el padre batía el parche, suspiraban por la hija todos los mozos; hogaño, era diferente el suspiro y más aviesa la intención, que del árbol caído todos hacen leña. Tanto desvío y tanta falsía hacíanle experimentar a Nati el mismo dolor que si la clavasen una saeta.

Un domingo, Nati, a la salida de la iglesia, fué requerida cortésmente de Manolín el de Pasos, para tratar de un asunto *mu serio*, como entre confuso y resuelto, indicó el mozo.

Nati escuchó alegre y ruborosa el requerimiento. A Manolín el de Pasos tenía-sele en la comarca por un buen chico en toda la extensión de la palabra: formal, trabajador, y uno de los pocos mozos en cuyas manos jamás se vió un jarro de vino ni una baraja... Pero Manolín el de Pasos, en pobreza podía emular a Carracuca, y aunque trabajaba como un negro, que los negros tienen fama de ser los que más trabajan en este pícaro mundo, siempre andaba a la cuarta pregunta, y por no poder comprarse

unos calzones flamantes los llevaba desde tiempo inmemorial hechos un mapa de remiendos.

Nati y Manolín fueron novios. Jóvenes y enamorados no se preocupaban del aperreo de su vivir miserable... ¿No se querían?... Pues, entonces... Eso sí, muchas veces hablaban del día en que les rezaran los latines... Y a entrambos hacíaseles la boca agua; pero... ¿de dónde sacaban para los gastos de la boda y los que originara su nuevo estado? Al llegar a este punto la dama y el galán suspiraban.

—¡Ya habrá llovido pa enestonces, Natil—decía con amarga ironía el novio.

—¡Sí; ya habrá llovido!—asentía entristecida la novia.

La felicidad para ambos deteníase cruel ante un puñado de duros.

III

Transcurren los días sumando meses, y los meses años, y continúa el noviazgo. Nati está pálida y delgaducha del mucho sufrir y trabajar, y Manolín el de Pasos parece al *Hombre flaco* de las aleluyas, por el poco pan y el exceso de trabajo y cavilaciones a que le sujeta su mísera condición; *Ti Nasio* tiene aún colgado el tamboril a la cabecera de la cama, y la madre del novio no puede ya manejar las agujas de hacer media por el temblor perlático de las manos.

Hállanse cierta noche los cuatro reunidos en casa del tamborilero, cuando oyen a la puerta de la cocina una voz cascada y fatigosa que dice:

—¡Ave María Purísima!

—¡Sin pecado concebida!—contestan volviéndose hacia el que se anuncia con la piadosa salutación.

Entra un pobre, ya viejecito y encorvado, que se apoya en una recia cayada y que dirige miradas codiciosas hacia la lumbre que chisporrotea en el lar.

—¡Pase, hermano, pase!—le dice la moza, yendo

al encuentro del mendigo—, y siéntese cerca de la lumbre y cene de lo que haya.

—Bendito sea Dios, que hallo en este pueblo almas caritativas que me recojan... La noche está tan fría, que hasta los lobos del monte han bajado al pueblo a cobijarse. Con su permiso...

—¡Usted lo tiene!—gruñe *Ti Nasio*.

Y haciendo una seña a Nati, murmura a su oído:

—¡Pero, mujer, no tenemos qué comer y admites huéspedes!

—Calle usted, padre, Dios mos lo premiará.

Dispone la cena, y al amor de la lumbre y en santa paz despachan la frugal colación el padre, la hija y el forastero. Éste se lamenta de que en casa de los ricachones le han negado albergue aquella noche inverniza, la más cruda que recuerda en su larga y trabajosa existencia.

Después de un rato de palique, Manolín el de Pasos recoge un farol, le enciende, envuélvese en la anguarina, y armado de un chuzo torna a casa con su madre.

Nati y su padre se entran a descansar, y el pobre viejo, acurrucándose en el banco que hay en la cocina, cerca de la lumbre, quédase dormido.

IV

Rato hacía que el padre Sol enviaba sus rayos a la tierra cuando *Ti Nasio*, apoyado en un bastón, bajó a la cocina.

No pudo reprimir un gesto de disgusto y de impaciencia al ver que aún permanecía el mendigo tumbado a la larga en el banco, y que Nati, su hija, hallábase charlando con él en voz baja.

—Se ha tomado cariño a la casa, ¿eh?—preguntó con punzante ironía el tamborilero.

Nati corrió hacia él, y después de darle los buenos días, le dijo en voz baja:

—¡Cálese, padre! ¡Pobrecillo!...

—Pero, mujer, ni que fuera esto una posada... Anda, dile que se largue ya con viento fresco...

—Yo no se lo digo.

—¿Que no?... ¿Por qué?...

—Porque... se ha puesto malo...

—¡Otra te pego, hija!... Pues esto mos faltaba agora!... ¡Bah, bah!... Será un mal de conveniencia, pa quedarse.

—No; no, señor; acérquese y verá cómo tiembla... las manos le arden.

—¿Y qué?... ¿Vamos a ser musotros sus enfermeros?... ¡Avisa al alcalde, pa que se lo lleve!...

—A quien voy a avisar es al médico, que es el que debe venir... ¡Ea, padre, no hay que ser asina con los probes!... ¡Dios mos lo pagará!...

Y sin aguardar contestación, Nati salió a la calle y el *Ti Nasio* quedóse refunfuñando... a propósito de la caridad de su hija.

.....

Don Blas, el médico de Villabrín, después de examinar al enfermo, salió de la alcoba adonde le habia transportado Nati, ayudada de Manolín el de Pasos, y dijo a los novios:

—Ese pobre hombre sólo necesita que llamen al señor cura, por si quiere ponerse bien con Dios...

Ti Nasio, así que se hubo ido D. Blas, encaróse con Nati.

—¡Lo ves!... ¡Agora se mos muere!.. Y tendremos que enterrale... y tú verás con qué dinero—gruñó el del tamboril.

—No se apure usted por eso..., que le enterrarán de limosna.

—Quiá; si es preciso, doy yo mis ahorros. Y si no, ya veremos lo que se hace—indicó Manolín—; pa la caja, yo pondre lo que sea.

—¡Muy bien parlao, hijo!... Enestonces ya vos casaréis pronto... Pa el año de la Nanita..

—Mire, padre, quien ha esperado lo más, puede esperar lo menos.

—¡Bien!, ¡bien! ¡Allá vusotros!... Yo no me meto en nada...

.....
Medio pueblo fué a casa del tamborilero acompañando al señor cura.

Terminó éste su sagrado ministerio, y el viejecito, con voz muy débil, le rogó que se quedara, suplicándole que *Ti Nasio*, Nati, Manolín y dos personas más entrasen en la alcoba.

Cumplidos los deseos del moribundo, éste llamó a Nati.

—Acércate, hija mía... Antes de morir quiero darte las gracias por lo buena que has sido para mí... Toma... como recuerdo...

Y penosamente alcanzó de la cabecera de la cama la garrota que de ella había colgado.

Hubo un murmullo expresivo por parte de los concurrentes.

—¡Anda, hija, anda! — masculló *Ti Nasio*—; ¡buen regalo!... ¡Ya tienes pa apalear este invierno los cucales!...

Nati volvió sus ojos hacia *Ti Nasio* como reconociéndole.

El señor cura, en aquel momento, dijo poniéndose de rodillas:

—Recemos por que Dios acoja su alma.

.....

V

Pasaron unos cuantos meses; los protagonistas de esta historia apenas si recordaban ya al pobre viejo.

Únicamente *Ti Nasio*, que utilizaba el recio cayado del mendigo para apoyarse, traíale a la memoria, pensando con tristeza que acaso el día menos pensado finaría como aquel infeliz.

Las cosas continuaban cada vez peor en casa de Manolin y en la de Nati, y en el pueblo se daba por seguro que a la hija del tamborilero la enterrarían con palma.

Cierta mañana *Ti Nasio*, que cuidaba de la olla en ausencia de la hija, vió que un gato de la vecindad, saltando por la ventana, habíase metido en la cocina...

Quiso ahuyendarle; pero el felino no hizo caso de las voces del tamborilero, y graciosa y descaradamente, metió el hocico en una escudilla, en la que había un poco de leche.

Ti Nasio, malhumorado, le tiró la cayada.

¿Y cuál no sería su asombro al ver que ésta, al caer al suelo, quedó abierta en dos mitades, y que

en el interior había unas estampitas muy lindas, cuidadosamente enrolladas.

Con grandes trabajos recogió las dos mitades de la cayada, y vió que los papeles bonitos que ésta guardaba eran billetes de Banco por valor de seis mil pesetas.

.....

.....

Si; se celebró la boda de Manolín el de Pasos y de Nati, la hija del tamborilero.

LA NOVIA DEL INDIANO

LA NOBIA DEL INDIANO

—Don José, ésta es la *Ti Roja* (o el remoquete que tenía la mujeruca).

Y don José quedábase un momento pensativo, cual si hiciera memoria, y murmuraba para el humedecido cuello de su camisa, mintiendo como un bellaco:

—La *ti...* (tal o cual). ¡La recuerdo!... ¡La recuerdo!...

Desembocaron en la plaza del pueblo caballero, guía y carro. Asubiados en el amplio porche de la iglesia se encontraban la mayor parte de los vecinos, ataviados con las mejores galas del cofre.

Produjo en los circunstantes gran asombro y curiosidad la inesperada comitiva; desmontóse de la ruin cabalgadura el forastero, y entregando las riendas a su acompañante, entró en el porche.

—Buenos días, señores—dijo afectuosamente quitándose el jipijapa que cubría su cabeza entrecana.

Correspondieron todos al saludo, y el amo del carro gritó encarándose con sus convecinos:

—Pero, ¡ricontra!... Iste señor, ¿no sabís quién es?... Es Pepín de la Rebolleda, el hijo de *ti Nela*, *la Pajarucos*, que viene de Méjico hecho todo un indiano...

Al oír tales referencias prodújose en el concurso un murmullo de estupefacción: avanzaron los más viejos denodadamente hacia el de la Rebolleda, y oyóse una algarabía en que se mezclaban las preguntas con los parabienes, los saludos con los re-

II

Si le oyerais contar a don José de la Rebolleda, con su habla melosa y pausada, su odisea de treinta y tantos años luchando por la vida allende los mares, apreciaríais que, contra lo que dicen los poetas y los que como éstos jamás tuvieron un céntimo, la fortuna no se rinde ni se entrega caprichosa y casquivana al primer truchimán que en ella pone sus ojos, antes por el contrario, quiere al entregarse que el que reciba sus áureas caricias se las conquiste pacienzuda y tenazmente, sin desmayo, con terco tesón y ahinco.

Muchas penalidades, muchas fatigas y rudo trabajo le costó a Pepín realizar su sueño dorado de aparecer un día (como quisieron los hados que apareciese), a la entrada de su pueblo natal, luciendo un jipijapa y brillantes preseas a usanza de *indiano*, esto es, de hombre que retorna de América enriquecido.

Y a modo de hormiga, nuestro montañés trabajó en el buen tiempo de sus juveniles años para atesorar los frutos que en el otoño de su vida habían de proporcionarle vida regalona y descansada.

El amor al terruño, el deseo de representar en éste el papel de personaje, y el de buscar una montañesuca que quisiera compartir con él su caudal y su cariño, fueron partes principalísimas a que, dando punto a la ambición, fiera insaciable, regresara a su adorada montaña.

Sin pecar de sensible el de la Rebolleda, al vislumbrar la espadaña de la humilde iglesia donde recibió el agua del bautismo, sintió que le escaldaban los ojos dos lagrimones que testimoniaban su honda emoción, y mentalmente pensó en lo alegre que hubiera sido su entrada triunfal a vivirle aquella tía *Pajarucos*, su madre, de la cual recibió pocas caricias, por ser él casi un niño cuando salió de casa para «hacerse hombre».

Astuto, como buen montañés, habló parcamente de su fortuna; contó que sólo traía una poca plata; quería ofrecerse a la consideración de sus paisanos más bien pobre que rico, hasta el punto y hora que realizase la ilusión que como rayo de oro iluminaba lo más recóndito de su pecho: casarse con una montañesa que llegara a amarle como quería ser amado, aunque de tales lances no se le alcanzara otra cosa que la que ideó en los breves paréntesis abiertos en su lucha por lo porvenir detrás del mostrador.

Ni de fatuo ni de iluso podía tildarse al de la Rebolleda: contemplóse al espejo y se halló ni mejor ni peor que el sinnúmero de prójimos que se casan con mujeres jóvenes y bonitas; no había llegado aún a los cincuenta años; se encontraba ágil,

vigoroso; sólo delataban su edad las patas de gallo y el pelo encanecido; pero su rostro simpático conservaba un cutis terso, sus ojos brillaban como los de un mozalbete, y en cuanto a su corazón ¡había en él un tesoro intacto de afectos!... Si se le juzgara psíquicamente, Pepín de la Rebolleda contaba dieciséis años.

Y como el ansia de amor aguijábale y no tenía otra cosa en qué ocuparse, dedicó afanoso su tiempo a buscar la dama que reuniese aquellas circunstancias que él apetecía tuviese la señora de sus pensamientos, y hallóla como a pedir de boca en Joaquina, la hija de *Ti* Pedro, una Venus montañesa, para la cual parecía haberse escrito lo de:

Hermosa pero villana,
Villana pero hermosa.

Hallada la Dulcinea, acicalóse el trasnochado amador, cercó la plaza, trabó amistad con los padres, logró penetrar en el hogar a título de amigo y de bienhechor (el indiano libró la casa de su ídolo de la terrible amenaza de una hipoteca a pacto de retro), apretó las clavijas pintándole a Quina, con medias palabras, suspiros y miraditas lánguidas propias del caso, el ansia mortal que le aquejaba, y convenciéndose a tiempo de lo detestable de su oratoria y de lo poquisimo que le servía para reducir a la rústica beldad, insensible a los rebuscados tropos del galán, varió de táctica, y empleó para el logro de sus honradas pretensiones los ob-

sequios y los regalos, y hoy un pañuelo de seda y mañana el corte de un vestido, y en tal romería una merendona, y en cual feria derrochar el dinero en comprar «perdones» (1) y vistosas chucherías, procuró atraerse la voluntad de Quina, saliéndole fallidas las cuentas porque la mozuca a cada obsequio y fineza preguntábale entre risas desconcertadoras:

—Pero, don Pepe, ¿por qué se gasta usted asina los cuartos?..

Guardábase el presente, eso sí, y santas pascuas; dábale muchas gracias y le sonreía satisfecha, el galán intentaba «hablar claro», y concluía todo en que balbuceaba una tontería y se retorcia nerviosamente los bigotes, continuando cerca de su dulce tormento, mortificado en su amor propio, renegando de su poquedad.

Como una sombra seguía a Quina a todas partes, y el que quisiera saber dónde encontrar al de la Rebollada no tenía más que dirigirse a casa de *Ti* Pedro o al río, donde la chucuca iba por agua o a lavar; o en las tierras de su pertenencia, en las que destripaba con brío varonil los terrones de donde saldrían, Dios mediante, las rubias mazorcas del maíz.

Llegó un momento en que don José dió un paso decisivo; habló confidencialmente a *Ti* Pedro del amoroso afán que le impulsaba hacia su hija; *Ti* Pedro vió el cielo abierto y estuvo en un tris que de puro gozo no se pusiera a dar cabriolas.

(1) Avellanas, frutas, etc.

—Honrados semos con tu determinación, Pepín, y la mi mozuca ha de dar gracias a Dios por tener un marido como tú — dijo *Ti* Pedro —. No se hable más del asunto.

Y a lo tonto a lo tonto, habló el viejo mucho y arteramente, hasta venir a parar en lo más importante para él, que era conocer a fondo el estado de fortuna de su yerno *in partibus*.

Éste, con no menos astucia, impulsado de su noble intento de maridarse por cariño y no por negocio, suspiró, murmurando como si gimiese:

—*Ti* Pedro, aunque mucho he bregado allá *abajo*, no he podido ahorrar casi nada; así es que al casarme con Quina tendrá usted en mí un obrero más para sus tierras: hoy por hoy, cuento por toda fortuna con una veintena de onzas.

Aquella declaración fué un jarro de agua fría que heló el gozo entusiasta del viejo.

Friamente gruñó:

—El caso es pa pensarlo mucho, Pepín... Hay que consultar la voluntad de la mi Quina, que en este negocio es la parte prencipal.

Con amargura advirtió Rebolleda el cambio brusco que había determinado la noticia de su pobreza; despidióse cortés de su interlocutor, y éste un tanto desabrida y apresuradamente, como si le fuera enojosa la presencia de aquel pobretuco y malaventurado pretendiente.

III

Consejo de familia hubo en casa de *Ti* Pedro a propósito de las pretensiones de don Pepe; la madre, sabedora de lo ruin de sus caudales, voceó que era temeraria osadía querer a sus años casarse por sólo su fea cara (no siempre ha de ser linda), con un pimpollo de oro tal como la su mozuca; el viejo previno a la niña que cuando a ella se acercara el pretendiente le pusiera cara de vinagre, soltándole un bufido; la muchacha rióse de la ocurrencia del vejestorio galán, que se las daba de indiano y no tenía donde caerse muerto, y expuso esta idea que tiempo hacía le rondaba por el magín, y que, a ser conocida del de la Rebolleda, habríale puesto los pelos de punta:

—Ya podía una apencar con ese carcamal de hombre si tuviera los miles de pesos que don Paco, el indiano de Villasevil...

A los ojos del pueblo entero quedó don José en situación poco airosa; *Ti* Pedro y los suyos encargáronse de contar a voces lo ocurrido con aquel indiano de pega, y todos rieron a su costa, y las chicas casaderas, que abrigaban sus esperanzas de

atrapar tan buen partido, volvieron a ablandarse con los mozos que las cortejaban.

Don José fué recibido en todas partes con marcada frialdad; las mozas rehuían su charla; los hombres se mofaban a ojos vistas de su pobreza; la aureola de «indiano» desapareció entre desprecios e irónicas conmiseraciones.

De la Rebolleda, lastimado en su amor propio, quiso dar un *mentis* a sus convecinos, y valiéndose de testafierros compró todas las tierras de Villabrines; los vendedores supieron que sus fincas habían pasado a ser propiedad de Pepín el día en que vieron entrar en el pueblo varios señores, a los que acompañaban unos individuos que traían cajas y aparatos para ellos totalmente desconocidos; aquellos señores venían a hacer los trabajos preliminares para la construcción de un soberbio palacio, para don José de la Rebolleda.

Trocóse como por ensalmo el despego y la animadversión de los villabrineses hacia el hijo de la *Ti Pajarucos* en la más baja de las adulaciones; *Ti Pedro* tirábase de los pelos, furioso y cariacontecido; su mujer hostigábale frenética, diciéndole que era un asno, y Quina, la Venus montañesa, lamentábase desolada por su precipitación en casarse con Ramonuco, un destripaterrones como ella, guapo mozo, eso sí; pero que de continuo se sentía atacado de una enfermedad incurable no registrada en ninguna terapéutica: la holgazanería.

Pepín de la Rebolleda habló entonces de sus millones con cierta acre complacencia.

Fué cuerdo: no tornó a hacer el amor a ninguna paisanuca.

Y si alguien le hablaba de casorio, conducíale al salón de su palacio, una maravilla de lujo y de arte, y mostrándole el retrato, pintado al óleo por esclarecido pintor, de una viejuca vestida con la modestia de las aldeanas montañesas, decía emocionado:

—Ésta es la única mujer en el mundo que me ha querido como yo quería serlo ahora: por mi persona, no por mi dinero... Me fingi pobre, y, como no vivía mi madre, no encontré un corazón amante...

Éste creyó: no tardó a hacer el amor a ninguna
princesa.

Y al almorzar la habida de casorio, conduciéndole al
salón de su palacio, una maravilla de lujo y de
arte, y mostrándole el retrato, pintado al óleo por
esclavos pintor, de una viuda vestida con la
modestia de las albañanas montañesas, hasta amo-
cionado:

—Ésta es la única mujer en el mundo que me
ha querido como yo quería serlo: por mi
persona, no por mi dinero. Me ha querido, y
como no vivía en Madrid, se encontró en conser-
jería...

LA HERENCIA

LA HERENCIA

I

AL vecindario de Muérdago, pintoresco pueblillo de la costa, traíanle preocupado dos asuntos de índole diversa, pero concernientes a un solo individuo, a *Ti Cárcamo*, un veterano de la mar, tan recio de cuerpo como de alma; el mismo donaire ponía para empuñar los remos que para «soplarse» de un trago un vaso de caña, y si diestro era en su arte de pescador, no lo era menos en tirar a la barra y jugar a los bolos; lo que se dice un hombre, en toda la extensión de la palabra.

La *Nati* y la *Bienvenida* hacían mover las lenguas del pueblo.

La *Nati* era la hija; la *Bienvenida* la barca de *Ti Cárcamo*. Una y otra venían a romper, por modos diversos, la monotonía en la existencia de los de Muérdago, ahitos ya de charlar del maíz y de la pesca, únicos fundamentos de su bienestar pasado, presente y futuro.

En las aldeas la murmuración es un placer inefable que se saborea hasta lo infinito; como bisturíes se emplean risitas y frases de doble sentido; con la lengua se deshace una honra con menos escrúpulo que con la azada un terrón de tierra.

El punto más ruín y prosaico en el negocio de la barca era lo que más intrigaba a todos; porque, señores, a *Ti Cárcamo* no se le conocían bienes, ni rentas, ni beneficios, ni le había tocado un céntimo a la lotería, ni tuvo la loca fortuna de tropezar con tesoro alguno escondido por los fenicios: ¿de dónde diablos había sacado el hombre veinticinco onzas de oro como veinticinco soles que valía la *Bienvenida*, la barca más airosa que rayaba con su quilla el Cantábrico?...

Ahí estaba el busilis.

Más grave, injurioso y mortificante era para *Ti Cárcamo* el otro tema: el referente a su hija.

¡Requetepanoja! ¡Lo que a su propósito rajaban las lenguas de hacha de las mujerucas!

Decían de la Nati horrores; la chica, guapa sí era, ¿a qué negarlo?; pero había salido ligerita de cascos y tentada de la risa.

A su nombre asociaban maliciosamente el de los ricachos del pueblo; comadre hubo que juró por su salvación que la Nati era como puesto de buhonero, que todo lo que en él se encuentra está a disposición del que quiere y puede comprarlo; para corroborar tan odiosa afirmación, hablábase de puertas que se abrían cautelosamente y ventanas en las que las noches en que el bueno de *Ti Cárcamo* encontrábase en la mar surgían en vez de tiestos y flores, siluetas de mozos que salían rápidamente de la casa y como sombras desaparecían por las corraleras.

Los murmuradores relacionaban la compra de la

barca con las «amabilidades» de Nati, por donde el pobre *Ti Cárcamo* venía a quedar desastrosamente en el concepto público.

¿Sabía algo de esto el pescador?...
 ¡No! ¡Mil veces no! Si hubiera llegado a sus oídos lo que se propalaba en contra suya, habríase sentido fiero herida que mata: no era hombre que anduviese con paños calientes tratándose de la honra.

El mar habíale enseñado a tener una voluntad de hierro; que ninguno pusiera en duda su hombría de bien, porque el que a tanto se arriesgara podría encomendarse a todos los santos; con «aquello» no valían bromas y distingos; en el mundo no hay más que dos bandos: el de los honrados y el de los canallas; y él, *Ti Cárcamo*, era de los primeros por convicción, por temperamento, porque así lo aprendió de sus padres y porque así debía ser.

Los honrados no tienen nunca miedo de que entre el corazón y la cabeza exista una cadena que les obligue a no poder mirar al cielo ni a los hombres de bien.

Harto sabían esto los chismosos de Muérdago para irse de la lengua con aquel viejo lobo de mar, dulce y tranquilo como un niño en los momentos plácidos, y en los tormentosos, de una actitud y brutalidad aterradoras.

Misericordiosamente, la Providencia dispuso que el buen hombre no llegara a enterarse de lo que se decía de su barca, adquirida con los ahorros de toda una vida de trabajos y privaciones, ni de lo referente a su Nati, a la que quería como a las ni-

ñas de sus ojos y en la que hubo de reconcentrar todo su cariño, toda su existencia.

Una noche, después de amarrar la *Bienvenida*, dirigióse a su casa, en la que entró quejándose de un fuerte dolor de cabeza. Acostóse vestido, y cuando la hija volvió a la alcoba para llamarle a cenar, le encontró con los ojos muy abiertos y fijos en la puerta de entrada...

Las tres ropas se volvieron a desmenuzarse y Nati, la hipocrita supo fingir a maravilla, aunque sólo dentro no había más que orgullo y celos. Aumentó en vez de disminuir el respeto. La herencia de *Ti Cárcamo* más que la herencia de su hijo, el ser dueño de una patria; no de una mujer, determinó el honor, el respeto de nombre y apellido de él, a expensas de las mujeres, los hijos y la familia pecadora de la familia.

II

La muerte de *Ti Cárcamo* produjo en Muérdago penosa impresión; abrióse un paréntesis en las murmuraciones, y emocionó ver a Nati vestida de negro; sus ojos ofrecíanse tristes; sus labios rojos tembloraban como si rezasen.

Con el traje de luto parecía más hermosa y seductora; mirábanla los mozos ansiosamente, atrevíanse a regalarla el oído con frases inspiradas en un torpe deseo, porque la conducta de aquella mujer autorizaba a emplear una galantería insidiosa.

Ninguno se arriesgaría a darle su nombre para conquistarla.

Nati, la pecadora, los odiaba, despreciándolos; un rabioso despecho invadía su ser, impidiendo, como la cizaña en las tierras, que brotasen las flores más delicadas del sentimiento...; ¡que en el humano corazón, aunque éste sea de una pecadora, siempre nacen flores!...

Ante el cuerpo inerte de aquel *Ti Cárcamo* tan honrado, trabajador y cariñoso, Nati lloró arrepentida sus devaneos y juró redimirse.

.....

Una idea rufanesca le empujó a declararse a Nati: la hipocresía supo fingir a maravilla abnegación donde no había más que egoísmo, y cariñosa solícitud en vez de cínica desaprensión.

La herencia de *Ti Cárcamo*, más que la hermosura de su hija, el ser dueño de una barca, no de una mujer, determinó a Luco, pescador de nombre y gandul de oficio, a dejarse de escrúpulos, cerrar los oídos a la leyenda pecaminosa de la huérfana, y ser perjuro con Luisa, su novia; una de esas almas que, calladas y humildes, hacen su tránsito por el mundo brindando tesoros de ternura sin que nadie los acepte ni sepa apreciarlos.

Luco, vió sólo en el enlace con Nati la realización de un ideal constantemente acariciado en las mortales horas en que, tendido en la playa, soñaba con ser dueño de una embarcación como aquella de *Ti Cárcamo*, tan ensalzada en toda la costa... ¿Y para qué quería la barca un hombre como él, que sólo era diligente si se trataba de jugar al *mus* en la taberna?... No por trabajar, eso no; únicamente anhelaba ser su amo para verla balancearse gallardamente en el puerto.

Nati dió oídos al bigardón:

Porque bien o mal nacido,
el más indigno marido
excede al mejor galán,

según afirmó Rojas. Y en este caso, la mujer despreciada quería hacer ver que había un hombre

dispuesto a casarse con ella, Esto era una reivindicación y un triunfo que bien merecía sacrificarse, cerrar los ojos y aceptar a un pelafus que sólo inspiraba asco y aversión.

Tener o no un marido: he aquí el dilema; el matrimonio sería para ella un tan Jordán, donde lavaría todas sus culpas.

Después...

¿Quién es capaz de prever lo que puede ocurrir en un bodorrio semejante?...

Cayó en Muérdago la noticia como una bomba: buen tema, hijucos míos, el de tal casorio, para poner de oro y azul al sinvergonzón de Luco, que tan cínicamente cargaba a sus espaldas tamaña piedra de escándalo: aquello era el colmo de la despreocupación, y como tijeras movíanse las lenguas del pueblo, sin importárseles que llegara a oídos de los interesados.

¿Para qué andarse con remilgos con quienes tan descaradamente escarnecían al vecindario?...

La única que callaba, con lágrimas en los ojos, era la infeliz Luisa...

III

La aparición del flamante matrimonio fué acogida en todas partes con un silencio significativo.

Cuanto mayor y más ostensible era el desprecio de todos, más empeño ponía Nati en aparecer como una mujer dichosa que idolatra a su marido.

Luco, hosco e inquieto, sentíase anonadado e impotente contra la pública animadversión. Como todos los cobardes, tenía miedo de extremar su fingida fiereza; empujaba a Nati para huir de sus convecinos.

La hija de *Ti Cárcamo* despreciaba profundamente al hombre a que se había unido y tratábale con displicente altanería.

Luco adoptaba el gran recurso de los sinvergüenzas en casos parecidos: callaba sumiso, e ibase a contemplar la herencia de su mujer, aquella *Bienvenida* que se balanceaba continuamente a orillas del mar; al verla, enorgullecíase; era suya, le pertenecía... Engallándose altivo, miraba en derredor, y si alguien había próximo a su barca, saltaba a ella ligero para que admirase en él al amo, tum-

bábase en una de las bandas y dormía como un bendito.

Aquellas pueriles satisfacciones de vanidad har- to caras le salían: su mujer recibíale siempre con el gesto agrio e imponente, y las mejores pa- labras que le dedicaba eran las de canalla, vago y sinvergüenza; el enfado era perpetuo y eterna la discusión; le daban la comida como un hueso a un perro importuno; viniese o no a cuento, echá- banle en cara el villano motivo que le indujo a ca- sarse. A medida que iban escaseando los cuartos de la herencia, acrecentábase el mal humor de Nati y redoblaba sus insultos y ultrajes; las horas más horrosas para Luco eran las que estaba en casa; al salir de ella respiraba como preso que huye de una cárcel abominable.

Un día Nati le dijo, a vuelta de mil perrerías, que trabajase si quería comer, porque ya estaba hasta más arriba del moño de llenarle la andorga a un gandul semejante.

Ni ruegos ni amenazas torcieron la voluntad de la mujer. Luco, desesperado y hambriento, vocife- rando las más atroces maldiciones, recogió las re- des de su suegro, y con ellas al hombro encaminó- se hacia la *Bienvenida*; con heroica resolución, y tras un suspiro que era todo un poema, cortó la amarra, empuñó los remos y aventuróse mar adentro.

Nati, que había observado lo hecho por Luco, se sonrió victoriosa.

Había llegado el momento de realizar un plan

meditado pocos meses después de su matrimonio.

Al atardecer, la mayoría de los vecinos encontrábanse en la playa esperando el regreso de las conchas; habíase levantado repentino temporal; el mar rugía, negro como tinta, y el cielo era plomizo y tormentoso.

Los que atalayaban el arribo de las embarcaciones, quedáronse estupefactos al ver que de una de las primeras en llegar sacaban a Luco entre dos pescadores; venía mal herido; su barca habíase estrellado, por la impericia de su dueño, contra unas rocas.

Alguien, al saber lo ocurrido, murmuró poco caritativamente.

—¡Castigo del cielo!

En unas parihuelas llevaron a Luco a su casa; pero al advertir que la puerta estaba cerrada con llave y que nadie respondía, acordaron los conductores dejar la pesada carga en la taberna, hasta que apareciese Nati.

Pero ésta nunca más aparecería en el pueblo: había huído para siempre, sin que nadie supiera de cierto el rumbo que había tomado...

Sin barca y sin mujer, más miserable que nunca, el marido de Nati pide limosna y pásase la mayor parte del tiempo tumbado en la playa, recordando sus pasadas grandezas, sin apartar la vista del sitio en donde otras veces se balanceaba la *Bienvenida*.

LA LECHUZA DE MARIGAY

LA FECHURA DE MARIGAY

UNAS pocas casucas, agrupadas en lo hondo de un vallejo, componen la aldea de Marigay, limitada por cerros, destacándose en el más alto unos paredones derruidos que, según afirman los indígenas, pertenecen a un castillo de tiempos de la Nana.

El vecindario está constituido por una docena de familias de modestos labradores, entre las que descuella la de *Ti Vilorto*, montañés neto, que frisa en los cincuenta, hombre recio, avellanado, socarrón, único personaje del lugar, en el que ejerce las funciones de alcalde y maestro de escuela, tremendo corredor de liebres y formidable jugador de bolos.

Marigay goza de gran renombre en la región que baña el Pas, y no precisamente por ser patria de héroe, santo, ni persona ilustre, ni porque la Historia registre algún hecho notable acaecido en tan ignorado rincón, ni éste ofrezca tampoco cosa alguna que se salga de lo vulgar y corriente.

Su celebridad la debe a una lechuza.

Pero esto bien merece hacer aquí punto.

Demos por cierto que en los tiempos medioevales existía en tan recóndito y mísero lugar un cas-

tillo con sus fosos, puente levadizo, torre del homenaje, y cuanto requería tuviese entonces una fortaleza; el caso es que el castillo alzariase como soberbio señorón entre un grupo de mendigos, que cosa mejor no parecerían las casuchas de su feudo. Habitaba el castillo un don Iñigo, hidalgo por sus cuatro costados, como es de rigor fuesen los castellanos de su prosapia.

Diz *Ti Vilorto*, que cuenta la historia mismamente como si la hubiera vivido, que el tal señor tenía ya sus cuarenta corriditos en el punto y hora en que da comienzo «la tragedia, capaz de poner los pelos de punta a un santuco de palo».

Amén de los cuarenta del pico, lucía don Iñigo sobre sus costillas una protuberancia un tanto escandalosa; el rostro no era nada agradable, por el gesto iracundo que de continuo le animaba. Por lo demás, tendríasele por un bendito, salvo que, con frecuencia, entreteníase en ver las terribles muecas que hacía cualquier infeliz colgado de una almena, o atropellaba brutalmente a la villana que le hacía tilín, fuera viuda, soltera o casada.

Soltero vivía tan recomendable varón, que no había en toda Cantabria hija de castellano que quisiera cargar con un marido semejante, ni padre tan ancho de manga que se conformara con un yerno de tales prendas.

Pero es el caso que a don Iñigo entróle insólita comezón de perpetuar su nombre por medio de un enlace como al esplendor de sus pergaminos convenía.

Una mañanita, cuando ya el sol desparramaba pródigo sus lumbres sobre el vallejo, vióse al castellano salvar el puente levadizo, caballero en un soberbio alazán (hemos convenido en que todos los caballeros cabalgan en alazanes, y que éstos sean soberbios).

Don Ñigo iba sencillamente en busca de novia.

Al cabo del tiempo, regresó a sus dominios el señor de Marigay, acompañado de una joven que justamente podría compararse con las rosas de mayo por su fragante hermosura: era la mujer de don Ñigo.

¡Ay!, doña Luz, según pudieron observar los papanatas de la villanía, llegaba al castillo como tímida ovejuela al tajo sangriento; nublaba la tristeza su rostro de ángel, y sus ojos dirigían en torno suyo miradas de inquietud, que casi siempre se encontraban con las no menos azoradas y melancólicas de un lindo paje que formaba parte de la comitiva.

Y desde que levantaron el puente levadizo, diéronse los maragayos a contar una historia escalofriante acerca del matrimonio del señor del feudo.

Aseguraban, como si lo hubieran visto, que don Ñigo habíase apoderado a viva fuerza de doña Luz.

Era ésta huérfana y heredera de una de las más ilustres casas solariegas de Santillana del Mar, deslizándose su vida, recatada y plácidamente, como cumplía a su condición de rica hembra, en el vetusto palacio de sus mayores, bajo la tutela de un viejo y respetable mayordomo.

Apoderóse el águila de la alondra, y sembrando el pánico entre los de la servidumbre de la noble doncella, logró que el capellán de la casa, no menos aterrorizado por la violencia del de Marigay, autorizase el matrimonio.

¡Qué suplicio tan espantoso ser esclava, que no esposa de aquel cínico y antipático señor de Marigay! Lloraba la hermosa doña Luz lágrimas de desesperación. ¡No! No fué un enlace tan monstruoso lo que ensoñó su alma virginal, ni lo que le prometía su condición de ricahembra. En un famoso torneo celebrado días antes de la malhadada aparición de don Iñigo, fué proclamada reina de la fiesta por un gallardo y noble mancebo, que tal vez salió vencedor del combate, impelido de amor hacia la hermosa doña Luz.

Un hado cruel hizo que se uniera por siempre a un cuarentón corcovado, celoso y brutal, a cuya vista los hombres del feudo temblaban como tiemblan los corderos a la proximidad del lobo.

Fué la esposa de aquel hombre de una manera violenta e inicua; al recordar tamaña villanía, flameábanle los ojos de ira y encendíanse de vergüenza las mejillas de la malmaridada. Florán, su paje, sentía con igual intensidad que su dueña un odio feroz hacia el tirano; el pobre garzón, recogido desde niño en casa de doña Luz, adoraba a su señora, como adoran los desvalidos a quien les hace gozar de un cálido rayo de ventura en su frío caminar por el mundo.

Don Iñigo, desde su matrimonio, sentíase más

fiero con sus menguados vasallos, y sometía a doña Luz a la tortura de unos celos tan ridículos como injustificados, celándola insidiosamente.

La infeliz, al verse tan sola, tan menospreciada, arrastrando una existencia miserable en aquella cárcel, que no castillo, compartía sus melancólicas añoranzas con el humilde compañero de su vida, aquel Florán, su paje, al que confiaba sus pesadumbres como pudiera hacerlo con un amigo cariñoso y abnegado; la altivez y el recato de la dama, así como el respeto y veneración del confidente, ponían su amistad a cubierto de toda ruin sospecha.

* * *

Era ya anochecido.

Florán conversaba con doña Luz cerca de la blasonada chimenea, en la que ardía, con alegre chisporroteo, el enorme tronco de una cajiga.

Como siempre, los jóvenes entretenían las interminables horas recordando los días felices pasados en el palacio de Santillana. Interrumpió su charla la brusca aparición de don Iñigo, cuyo rostro, repulsivo como nunca, tenía algo de siniestro que amedrantaba.

Encarándose con doña Luz, dijo, con el acento ronco y trémulo del que se halla dominado por la ira:

—Señora, podéis despediros de vuestro cómplice.

Y señaló a Florán.

Al oír tan ofensiva acusación, irguióse doña Luz

con la impetuosa altivez de ricahembra ultrajada, y con frase vibrante replicó:

—¡Mi cómplice!... ¿De qué? ¡Decidme!

Don Iñigo, sin hacer caso de la protesta, continuó con frase dura y parsimoniosa que helaba la sangre.

Tengo decidido, para mi tranquilidad, colgar a vuestro amado pajecito de una almena. Y dad gracias al cielo, señora, de que no vayáis a hacerle compañía.

Y avanzó hacia el paje, que, mudo de estupor, había escuchado su sentencia de muerte.

—¡Matarle!—balbuceó la pobre mujer aterrorizada; e instintiva y denodadamente, al ver que la diestra de su marido aprisionaba un puñal, dió un salto y cubrió con su cuerpo el del pajecito.

El de Marigay, ciego de cólera, asió brutalmente el brazo de doña Luz y la empujó con toda violencia; la joven, tambaleándose, fué a caer cerca de la chimenea.

Florán, al ver caer a su señora, dió un rugido de fiera, y sus manos claváronse como tenazas en el cuello del tirano, que cayó pesadamente al pie de una de las ventanas.

.....

Espantados contemplaban el cuerpo inmóvil de don Iñigo, alumbrado fantásticamente por el rojo resplandor del fuego que ardía en la chimenea.

Había cerrado la noche, una noche de invierno en que nevaba copiosamente, oyéndose en la lejanía el aúllo del lobo. Florán abrió la ventana, por la

que entraron copos de nieve que cayeron sobre el señor de Marigay, preparando el más adecuado sudario a tan odiosa criatura.

Doña Luz y el paje cogieron el cadáver, e izándole trabajosamente hasta el alféizar de la ventana, dejáronle caer al foso.

.....

Y dimpués de haberse librao de aquel verdugo de hombre—habla *Ti Vilorto*—, no se sabe lo que pasó con la señora ni con el su paje, porque too lo que se parle al respetive son fejuraciones... Unos dicen que la josticia hizo con los pobretucos un escarmiento, colgándolos de la torre más alta del castillo, y otros dicen asimesmo que no hubo tal escarmiento y que la josticia se quedó con tres palmos de narices, porque los del pueblo, agradeciós de verse libres de una alimaña que hacía más daño que el jabalí en un panojal, los pusieron a salvo; *ítem*, echaron un memorial al Rey pa que los perdonase. Dicen también que la dama y el su paje se jueron a Roma a ver al Padre Santo, pa que los absolviera y les diera la bendición pa casarse. Toas estas son fejuraciones y ganas de hablar. Lo único que costa desde sinfinito, es que la noche mesma en que fué muerto el don Iñigo se paró en la ventana por donde le tiraron al foso una lechuza, en la que se había metió el alma de aquel dimoño, castigao asina por la voluntá del Señor.

La lechuza, como too el mundo sabe, no ha salío del castillo desde entonces, y hoy tié el su nido en las ruinas. Y ojalá no le tuviese, ni en los jamases

la hubiéramos visto, porque ya es sabio: siempre que alguno de musotros, al pasar de noche alreedor del castillo, la ve a la luz de la luna, puesta en lo alto del paredón, tãn quieta y callada, con los ojos abiertos y fijos, como si estuviera muerta, ¡disgracia segura!... Es el espíritu malo del pueblo. Y no hay nenguno de aquí ni de too el valle que, al pasar por debajo del castillo, no se persine y le pida al santo Angel de la Guarda le libre de ver semejante avechuchu...

LA LOCA AMBICIÓN

LA FOCA AMBICIÓN

A diario los periódicos hablaban en los *Ecos de Sociedad* de don Lucio de la Cajiga, y los melifluos y almibarados cronistas del «gran mundo» prodigábanle adjetivos ensalzadores de su opulencia y filantropía.

A juzgar por las sumas espléndidas con que contribuía a todo acto benéfico, la suntuosidad de los banquetes y fiestas que celebraba en su palacio, el lujo imponderable de sus trenes, este señor de la Cajiga era digno émulo en España de los multimillonarios yanquis, que, según afirman los que están enterados de estas cosas, son en el día los mortales más ricos del mundo.

¿Quién era este portentoso don Lucio? Nadie podría dar una contestación categórica, ni aun los que con más intimidad le trataban. Surgió improvisadamente como astro mirífico en el «dorado mundo». Al pronto, antojóseles a todos que era un *parvenu*, que en galiparla es como se designa a los de humilde origen que logran hacerse ricos. Pero, señores, fuese lo que fuese, era hombre encantador y admirable. ¡Qué bien se comía en su casa! ¡Qué «au-

tos» tan estupendos los suyos! ¡Qué liberal y portentoso su bolsillo, abierto siempre a todos cuantos se le acercaban, ya para solicitar remedio a la necesidad ajena, ya para la suya propia. Y don Lucio, ¡oh!, altruismo conmovedor!, aflojaba el bolso sonriente y aun preguntaba con ingenuidad de ángel, y en un dulce tonillo peculiar de los que han permanecido algún tiempo en Indias:

—¿Necesita más plata, mi amigo?

¡Imponderable don Lucio! ¿Qué importaba su vida pretérita, ni saber cómo amasó su fortuna?... Y eso que almas mezquinas, ruines, desagradecidas, murmuraban que los orígenes de aquélla eran un tanto sospechosos y le colgaban una hisloria, la eterna historia del cascaterrones, que con un trapo atrás y otro delante emigra a América, entra para barrer una tienda y concluye por hacerse amo de la misma, apelando a medicos tan reprobables como el robo, o enamoricando a la mujer del principal, o asesinando a éste. Dado el primer paso, a meterse desapoderadamente en negocios más o menos lícitos, pero productivos, y como dinero llama a dinero—según la filosofía popular—cata que el cascaterrones se convierte en uno de los poderosos en este valle de lágrimas.

II

Muchas, muchas veces, la apacibilidad del rostro, la alegría que abrillantaba las pupilas del multimillonario, desaparecían de un modo brusco, y el semblante y la mirada expresaban cruel e íntimo desasosiego.

Aquel fortunón suyo que le permitía gozar cuantos placeres pueden apetecerse, pedestal áureo que le hacía destacar sobre el resto de los mortales, recibiendo de éstos sus lisonjas y adulaciones, justificaba la afirmación hecha por un santo padre de la Iglesia de que la riqueza es fruto de iniquidad o herencia de injusticias... Nadie estaba enterado, nadie sabía, ni aun su propia hija, la hermosa Isabeluca, el amor de sus amores, cómo se había hecho rico. Era su secreto torturador, como lo son todos los secretos que tiranizan la conciencia...

Pocos años hacía, a la margen de una hermosa carretera montañesa, que serpenteaba por un valle delicioso en su verdor y apacibilidad, alzábase una humilde casuca... En ella vivían un peón caminero y una rapaza que era como flor agreste de hermosura. Ni envidiosos ni envidiados, el padre y la hija

dejaban correr el tiempo, sin que en sus ignoradas existencias tuvieran otra pesadumbre que la que les proporcionaba el melancólico recuerdo de la esposa y de la madre que voló al cielo, sin duda porque las mujeres que son unas santucas tienen más prisa que las demás mujeres por irse al empuje a rogar por sus bien amados.

Una tarde el silencio y la quietud que imperaban en el valle los turbó el paso de un automóvil haciendo oír en un grito rabioso su bocina. Raudamente como una exhalación desfiló por delante de la casa del peón caminero, quien movió la cabeza como siempre hacía, al ver uno de estos coches del diablo como los llamaba... Y a los pocos instantes, sonó un estampido que estremeció hasta las hojas de los árboles, y Lucio oyó un ¡ay! angustioso.

Instintivamente echó a correr carretera adelante, sobre la que aun flotaba la nube humosa que a su paso dejó el auto. Al volver un recodo del camino, Lucio detúvose súbitamente y contempló con ojos agrandados por el terror un espectáculo espeluznante: el vehículo había saltado a una sima pedregosa, y, roto, destrozado, envuelto en llamas, ofrecíase a su vista, mientras que a unos cuarenta pasos, caídos en los pedruscos, había dos cuerpos inanimados: el del viajero y el del *chauffer*.

Sobreponiéndose a la trágica emoción que embargaba su ánimo, Lucio descendió a la sima y se acercó a aquellos cuerpos terriblemente ensangrentados... La Impacable había posado ya sus yertos

labios en los rostros contraídos con una mueca espantosa, indescriptible...

Inconscientemente, el peón caminero apartó sus ojos de aquellos otros que muy abiertos recibían la gloria del padre sol que desparramaba su luz por los ámbitos del valle... y vió una cartera de piel junto al cuerpo del viajero... La cogió e iba a abrirla, cuando oyó el sonar de un campano y una voz cascada, la del *Tío Pucherucos*, que gritaba a una vaca, que lentamente iba carretera adelante: ¡Para, *Josca*, para!... Sin darse cuenta de lo que hacía, Lucio guardó apresuradamente la cartera en uno de los bolsillos de su pardo chaquetón.

.....

En la cocina de paredes negruzcas, alumbrada por el tibio y rojizo resplandor de la leña que se consumía en el llar y por un candil que despedía más humo que luz, el peón caminero hallábase sentado a una mesa... Un momento miró en torno suyo, receloso, y púsose a escuchar... Oíase sólo la acompasada respiración de Sabeluca, que dormía en un cuarto inmediato, y el trémolo del viento que hacía gemir cajigas y castaños.

Sacó la cartera del chaquetón y con mano no muy segura la abrió. ¿Y quién podría pintar la sorpresa inaudita, el asombro que Lucio experimentó al descubrir en sus compartimientos, que eran como los de un estuche plegable, gemas de subido precio que fulguraban deslumbradoras; perlas, esmeraldas y brillantes, que cegaron los ojos y el espíritu del peón caminero?...

Reponiéndose del estupor, buscó febrilmente un papel, un indicio, algo que le hiciera saber quién era el dueño de parecido tesoro... Y no encontró nada, nada más que aquellas piedras que despedían chispas de luz rojas como ascnas encendidas, verdosas cual los musgos cubiertos de rocío y besados por el sol, áureos, azules, toda la gama, todos los resplandores...

Aquella noche Lucio no pudo conciliar el sueño, asaltado por pensamientos que atormentaban su mente; sus ojos muy abiertos miraban en la oscuridad hacia el viejo arcón en donde guardó, junto con sus humildes preseas y sus más caros recuerdos, cartas de la santuca de su mujer, retratos de la familia, aquellas piedras que a través del estuche de piel y la madera del arcón fulguraban de un modo fantástico. Ya los gallos de la aldea cantaban al nuevo día, cuando Lucio quedóse sumido en un sueño intranquilo que le hacía suspirar y quejarse como persona dolorida...

Y ya despierto no siguió el primer impulso de su conciencia, no; la cartera que encerraba un tesoro no fué entregada a los señores de la justicia que intervinieron en el trágico suceso del automóvil... Corrióse a los pocos días por la aldea que la víctima era un norteamericano recién llegado a Santander en uno de los paquetes que hacen la travesía a América... Por los documentos recogidos se supo que se trataba de un riquísimo comerciante en joyas... En una cartera encontráronsele billetes del banco de Nueva York y letras a la vista por varios

miles de dólares... El hallazgo de tal cartera y el que nadie dijese palabra de estotra de las pedre-rías, tranquilizó a Lucio... Y con astucia campesina dejó pasar días y meses, hasta que ya cumplidos los dos años de la catástrofe, anunció a sus convecinos su decisión de vender la casuca, el huerto que la cercaba, y unas cuantas tierras, y con el dinero que reuniera partirse a Chile a probar fortuna al lado de un hermano suyo, dueño de una abacería en Santiago.

A nadie extrañó tal resolución: aun estaba Lucio en edad de tentar la suerte y de realizar su noble propósito de dejar asegurado un pedazo de pan a su adorada Sabeluca...

Y en compañía de ésta marchó a lejanas tierras. La rapaza al partir tenía los ojos enrojecidos. Pasóse la noche llorando sin consuelo... En la aldea dejábase el alma y la vida... que a los dieciséis años alma y vida es el amor... Y del suyo alejábale bruscamente la loca ambición paternal.

III

Vendidas las pedrerías en diversos puntos de América, Lucio encontröse dueño de un capital de cien mil pesetas. Con tal base, y asociándose a su hermano el abacero, emprendió diversos negocios con suerte tan próspera que a los contados años, el que ganaba un misero jornal en la Montaña llegó a ser el más formidable financiero de la República chilena. Y a medida que su caudal crecía como espuma, era mayor el ansia que le aquejaba de amontonar dinero, que es exacta la afirmación del filósofo: la riqueza es como el agua salada, que cuanto más se bebe da más sed.

Y otra ansia infinita acuciábale el espíritu: la de retornar a España y lucir en la tierra natal su fortuna. Acompañado de Sabeluca, Lucio Cajiga, el excelentísimo ilustrísimo señor don Lucio de la Cajiga, hizo su aparición triunfal en Madrid...

Mágico atractivo posee el áureo metal. El advenedizo vióse de la noche a la mañana mimado, adulado por pobres y ricos. Su fama de multimillonario extendióse rápidamente por todas partes... Y Sabeluca, la hermosa flor montañesa, a pesar de

los trueques maravillosos que el hada de la riqueza realizó en su existencia, seguía creyendo que le faltaba algo esencial para vivir: el corazón, puesto que se lo dejó en su aldea, al partir para las lejanas tierras donde le llevó la ambición de su padre. Resistió con sonrisa de sutil ironía y amargura el asedio de galanteadores atraídos por su belleza no tanto como por las talegas de su señor papá... ¡No, ninguno de aquellos almibarados señoritos que le rendían pleitesía, como a reina y señora, era como su Quelin, aquel montañésuco pobretón, que fué el primero y el único que hizo vibrar tan tierna, tan hondamente las fibras de su alma... Gran desfile de garzones hijos de aristócratas, de banqueros, de personajes políticos... y ninguno—con gran asombro y despecho de don Lucio—interesaba a su hija: todos le eran indiferentes.

Este desdén mortificaba al padre en su más caro deseo de rematar digna y soberbiamente su labor, acrecer su fama y prestigios, casando a Sabeluca con un aristócrata de rancio abolengo.. No importaba que estuviera arruinado: los pergaminos dorarían el apellido plebeyo, y el oro restauraría el brillo de los blasones.

Cierto día fué comidilla de la gente del «gran mundo» la noticia dada por los periódicos de que la gentilísima Isabel de la Cajiga se casaba con el conde de Robreces, descendiente de una de las más ilustres y antiguas casas de la nobleza española.

Sabeluca hubo de rendirse a la autoridad pater-

na, sacrificándose para siempre... El día de su boda tenía, como en aquel otro de su partida de la aldea, los ojos enrojecidos por el llanto.

¡Malaventurada condesa!

IV

Todas sus ambiciones habíanse realizado, y creyó llegado el momento de hacer su aparición en el puebluco natal. El peón caminero retornaba no como uno de tantos indianos, sino como un gran señor que lucía en las portezuelas de sus autos la corona condal.

Instalóse con sus hijos en el espléndido palacio que había mandado construir... Y dió fiestas a los pobres y a los hidalgos del contorno, fundó escuelas y hospitales, tendió puentes y arregló los caminos, captándose la admiración y el afecto de sus paisanos.

Sentíase feliz a ratos, no siempre; lo pasado surgía con frecuencia amargándole sus mayores venturas... Cuando su auto pasaba por el sitio donde se despeñó el del yanqui, cerraba los ojos... Y sobre estos azoramientos íntimos, otro no menos grave: su adorada Sabeluca era la criatura más desdichada de la tierra; pasábase los días llorando, encerrada en sus habitaciones, sin querer ver a su marido... El señor conde, dicho sea con el mayor respeto, era uno de los más ilustres y desenf-

dados galopines que comía pan a manteles. Sólo pensaba en divertirse, en gastar a manos llenas el dinero que arrancaba a su suegro halagando su vanidad... No hacía caso de su mujer y se burlaba del «becerro de oro», como llamaba al señor de la Cajiga.

.....

Don Lucio, que no podía conciliar el sueño aquella noche, bajó al jardín. La luz de plata de la luna bañaba el hermoso parque sumido en un silencio solemne, sólo interrumpido de tarde en tarde por el ladrar de los perros. Era ya a punto de amanecer. Don Lucio disponíase a entrar en la casa cuando hubo de pararse súbito al escuchar el ruido de una vidriera al abrirse... Ocultóse tras un castaño, y vió con dolorosa estupefacción que un hombre saltaba rápidamente al enarenado suelo del parque, desde una de las ventanas del piso bajo que correspondía a las habitaciones de su hija.

—¡Adiós Sabeluca!—oyó decir como un suspiro al hombre.

—¡Adiós Quelín mío!—susurró una voz harto conocida de don Lucio.

Cerróse la ventana, y el hombre amparándose en la sombra que proyectaban los árboles, se perdió en la negrura del parque.

Anonadado, oprimido el corazón, reseca la garganta, don Lucio miró estúpidamente alejarse a Quelín, lanzó un gemido y cayó como muerto al pie de la ventana por la que acababa de asomarse su deshonra.

RITORNELLO

RITORNELLO

No con los ojos, sino con el corazón, han de leerse ciertas historias.

PARADAS bajo el cobertizo que había a espaldas de la estación, la *Estrella* y la *Roja*, uncidas a una carreta, rumiaban tranquilamente su pienso, mientras que su conductor, un chicuco que no contaría aún catorce años, recio y guapote como el angelón de un retablo, contemplábalas sentado a usanza moruna, en el bendito suelo, fuera del porche.

Los luceros refulgían como pupilas de diamante en un cielo azul claro; una brisa saturada de emanaciones a heno empujaba las cañas de los maizales, que parecían inclinarse reverentemente para susurrar una oración en aquella noche estival.

Gildo volvió rápido la cabeza al oír el ruido trepidante peculiar de un tren en marcha.

Púsose en pie, dirigió una mirada de inspección a las vacas, que tarda y perezosamente proseguían rumiando unas hojas de maíz, y encaminóse al minúsculo andén de la estación.

El jefe, un viejo rechoncho, coloradote y risueño, encontrábase ya en su puesto, provisto de farol y campanilla; al ver a Gildo, le saludó.

—¿Tú por aquí, buen mozo?

—Sí, señor—afirmó el aludido llevándose la diestra a la boina.

—¿Y tu padre?...

—Bien está; quedóse en casa al cuidado de la güela.

—¡Qué!... ¿Está mala la vieja?...

—Dióla esta mañana un mal que la dejó sin sentido, y como la probe tié tantismos años...

—¡Vaya por Dios, hombre!... ¿Y tú qué haces por aquí a estas horas?...

—Vine a traer una carga al molino... En el soportal he dejao las vacas descansando... Cuanti pase el tren mos vamos a casa.

—Te gusta ver el tren, ¿eh?

—¡Ya lo creo!...

—No me extraña, rapaz, no me extraña; ¿qué ha de extrañarme?... A mí me han salido los dientes en este trajín, y siempre que salgo a recibir un tren se me pone carne de gallina... ¡Palabra de honor, que de gallina!... No nay nada en el mundo más imponente que una máquina en marcha, porque...

Habría seguido el jefe largo rato con su tema, que era hombre parlanchín y ponderativo si los hay, a no cortarle el discurso un silbido imperioso que atronó por un momento el valle.

Surgió en la lejanía, a la entrada de un desfiladero, una masa negra, sobre la que brillaban como ojos enormes y sangrientos los rojos faros de la locomotora; los ojos agrandábanse a medida que avanzaban, reflejando su luz sobre la vía; hacíase

más sensible la trepidación del terreno, y, algo pa-
recido al resollar de un monstruo, la máquina arro-
jaba espesas bocanadas de humo y llegaba rugien-
te a la estación, sembrando su camino de brasas
encendidas.

Hizo alto el convoy; el jefe gritó mientras ten-
día el farolillo hacia la máquina:

—¡Villabrinés, un minuto!

Gildo, apegado al viejo, contemplaba los coches
parados frente a él, y no pudo reprimir, ni tampoco
su acompañante, un gesto de sorpresa al ver bajar
presurosas de uno de los departamentos de lujo a
una señora joven y una niña como de doce años...

—¡Es raro esto!—masculló el jefe, que se pasaba
los años sin recibir viajeros de tal fuste.

Y encarándose con Gildó le ordenó:

—¡Ven!... ¡De seguro que hay equipaje de firmel

Y el pobre viejo, que ejercía las funciones de
jefe, factor y mozo, todo por cuatro pesetas al día,
corrió hacia el furgón de cola, seguido del chicuco;
hízose cargo del equipaje, compuesto de tres baules
enormes, amén de dos maletas, y volviendo a re-
pasar el andén, tocó parsimonioso la campanilla
para dar salida al convoy. La máquina replicó
con un pitido ensordecedor, y rompiendo marcha
alejóse el tren vega adelante, ruidoso, magnífico,
imponente...

.....
Gildo quedóse quieto en el andén, fisgando el gru-
po que formaban las viajeras y el jefe... Parloteaba
el viejo a su sabor e interrumpíale a ratos la seño-

ra con voz finísima y dulce que sonaba a música. Del diálogo sólo llegaron hasta el mozuco unas cuantas frases sueltas, en las que andaba mezclado el nombre de *Ti Nasia*, una viejeuca de su pueblo que vivía sola hacía ya muchos años, y a la hora presente encontrábase enferma y a punto de saldar la deuda que todos contraemos al nacer.

Envolvía a las mujeres la melancólica claridad de la luna, y Gildo, extasiado, contemplábalas con los ojos muy abiertos. ¡Por San Juan bendito, que las tales debían de ser princesas, o cosa así, a juzgar por la hermosura de sus caras, la gentileza de sus cuerpos, el aire majestuoso, lo rico de sus vestidos y preseas, y el perfume sutil que se desprendía en torno suyo... Ni las hijas de don Máximo, el indiano, que tanto ruido metían en el pueblo por lo bonitas, adineradas y elegantes, podían compararse a aquellas desconocidas... La niña, sobre todo, es la que mayor admiración produjo en su ánimo: una admiración en la que iba envuelta una ternura misericordiosa... ¡Mia que la probe estaba pálida y flacucha, angeluco de Dios!... Debía ser de los Madriles... De ahí es de donde venía toda la gente con cara de acelga, como si tuvieran ictericia... En cuanto a la señorona, también estaba pálida, con la palidez de los anémicos: un libor que a la luz de la luna parecía hecho con carbón sobre las mejillas, al ras de los párpados; agrandaba sus ojos por modo extraordinario, dando a su mirada una expresión inenarrable, que a Gildo, sin saber por qué, le sobrecogía y azoraba...

Seguía embobado el mozo en su contemplación, ardiendo en curiosidad por averiguar quiénes pudieran ser las viajeras y cuál el término de su viaje, cuando rompió su embelesamiento la voz del jefe, que le llamaba.

Acercóse Gildo un tanto azorado por verse tan cerca de las desconocidas.

—¿Qué manda uste, don Próspero?—tartamudeó.

—Mira, la señora y su hija—indicó el jefe sin más preámbulo—van a casa de *Ti Nasia*; ya sabes, a la que dieron el Señor el domingo. Bueno; pues las llevas en tu carreta, que el viaje es largo y pesado, y la señora sabrá corresponder contigo. Conque ¡hala!, dispón lo mejor que puedas el carro...

—¿Va el equipaje?—preguntó Gildo.

—El señor jefe será tan amable que lo retenga en su poder hasta que yo mande buscarlo—indicó con su voz dulce y armoniosa la atudida—. Ahora no llevaremos más que los bultos más precisos.

—¡Bien está, señora!—murmuró Gildo, que giró sobre sus talones, dirigiéndose con gran presteza hacia el cobertizo...

.....
—¡Ahup!... ¡Ahup!... ¡Rojal!... ¡Estrella!... ¡Hop! ¡Hop!...

Y el mozo hundía la aijada en el lomo de las vacas, que, penosamente tendida la cabeza hasta casi tocar al suelo, afianzando en éste las pezuñas, subían la cuesta sudorosas, baboseando una espuma blanquecina, escuchándose su resollar fatigoso. Las ruedas de la carreta al chirriar producían un canto

estridente, monótono, que excitaba los nervios; las viajeras iban sentadas no muy cómodamente sobre los maletines; la niña miraba con ávida e inquieta curiosidad el panorama alumbrado por la luna; su luz trocaba todo el valle en decoración fantástica, propia de una balada riniana; la señorona seguía sin apartar los ojos del polvoriento carril; un observador habría sorprendido en el rostro de aquella mujer una ansiedad dolorosa.

—*¡Estrella!... ¡Roja!*...—vociferaba Gildo, que, respetuoso con las damas, contentábase sólo con nombrar a los animales, sin la añadidura de las palabras gordas.

Pero con parecidas delicadezas la ascensión hacía por momentos más lánguida y difícil; el *mozuco* apeló, pues, al vocabulario de siempre, y cayó sobre la *Estrella* y la *Roja* todo el repertorio de un trajinante que se ve en un atolladero. Eso sí, tuvo la atención—ya en buena marcha la carreta—de suplicar a la señora que le dispensara tales palabras.

—Porque es el caso—terminó de decir como suprema razón—que los animales no le entienden a uno si uno no les habla a *la* su costumbre.

Balbuocéó la dama no sé qué y tornó a sumirse en sus reflexiones, que no debían de ser muy halagüeñas, a juzgar por las múltiples arrugas que surcaban su frente.

Gildo púsose de nuevo al frente de la carreta, con la aijada al hombro.

Indudablemente las viajeras no se mostraban co-

municativas ni mucho menos, y tampoco era el mozo—como buen montañés, de carácter rudo y quisquilloso—lo más adecuado para sostener diálogos con quien le hablara monosilábicamente.

Y para entretener el camino, que entonces ofrecíase llano y sin dificultad, dióse el chicuco en discurrir a santo de qué una señorona del porte de la que él traía en su carro iría a casa de *Ti Nasia*, una viejuca apergaminada, que parecía vivir ya en el mundo como de prestado.

Y dándole vueltas al magín para hallar la solución del enigma, recordó una historia rancia que corría por el pueblo a propósito de una hija de la tal viejuca, llamada Sole, y de la cual, según era público y notorio en el lugar, anduvo Luis el de la Casona, padre de Gildo, enamorado de veras y a punto de oír en su compañía la lectura de la famosa epístola. Pero es el caso que, días antes de que tal término tuviera el noviazgo, desapareció Sole del pueblo, dejando terriblemente chasqueado al galán.

No era éste de los pazguatos que al verse compuesto y sin novia se amilanan, antes por el contrario, pensó que si un clavo saca otro clavo, la mejor venganza que podía tomar de la infiel (otro fué el adjetivo empleado por el de la Casona) era casarse en un santiamén con la única moza disponible en el lugar; decisión venturosa para el chasqueado amator, porque la mujer le salió poco menos que una santa, y los hijos más buenazos que el pan.

Acerca de la fugitiva corriéronse en el pueblo rumores extraños: decían unos saber de buena tinta que Sole, seducida por el hijo mayor de don Máximo, el indiano, habíase ido a los madriles, y ya en la Babel, abandonada tan pronto como sintióse de ella hastiado el seductor, rodó por la pendiente de tal forma, que cuanto más bajo caía moralmente, más en auge corría su nombre en la feria de la galantería, ofreciéndose en ésta esplendorosa como un astro; decían otros, los menos, que Sole huyó del pueblo por huir de su amador, y que en la Corte había entrado a servir en casa de un título.

El recuerdo de semejantes historias sólo sirvió a Gildo para deducir que no encontraría la solución al enigma, porque herejía manifiesta era suponer que la hija de *Ti Nasia* fuese la propia señorona que iba en el carro. Por muy guapa que pintasen a Sole los que la conocieron, no pasaría de ser tanto como la Pilara, la moza más gentil que hogaño lucía su cuerpo en romerías y ferias. Y Pilara, que traía boquiabiertos y entontecidos a los mozos, con toda su ponderada hermosura era, comparándola con la señora aquélla, una pobretuca que no servía para descalzarla. ¿Qué había de servir, hombre de Dios?... ¿Dónde tenía ella aquel aire de soberana distinción, aquel rostro pálido de imagen, aquel hablar suyo dulce que sonaba a música, aquellos ojos que fascinaba?

Aquella era una señora de veras, alguna duquesa que viajaba con su hija para tomar los aires puros de la Montaña... Ni más ni menos. Lo extraor-

nario era que vinieran duquesas preguntando por aquella infeliz viejuca de *Ti Nasia*...

—Dios dirá—se dijo el mozo filosóficamente—. No es cosa de romperse agora la cabeza pa averiguar lo que, dimpués de tó, a uno ni le va ni le viene una panoja...

Y para distraer el ánimo, Gildo, envidioso, sin duda, de los grillos, las ranas y los sapos que en los prados, en las charcas y al borde del camino o al pie de las cajigas quebraban el majestuoso silencio de la noche con su insolente algarabía, recordó la copla favorita, y soltóla al viento a todo pulmón:

Los primores amores
no sé qué tienen;
se meten en el alma,
salir no pueden.

Hizo alto el mozo y puso atento oído: juraría que al final de la copla había seguido un sollozo. Intrigado, desvióse a un lado del carril; al emparejar con las ruedas, vió que la niña rodeaba con sus brazos el cuello de la señora, mientras con voz de súplica musitaba:

—¡No llores, mamita, no llores!...

Suspense y conmovido quedóse el rapaz ante aquel inesperado cuadro... ¿Por qué lloraba la señorona?...

Y tal como lo pensó, acercóse a la carreta, y, con sincera emoción, atrevióse a preguntar la causa de tan inesperadas muestras de dolor.

La señorona, después de besuquear mucho a la niña, quedóse contemplando a su interlocutor; Gildo, sobrecogióse azorado; aquellos ojos turbios por las lágrimas, y aquel hermoso rostro ensombrecido por el dolor, le trajeron a la memoria el cuadro de la Magdalena que se veneraba en el altar mayor de la iglesuca de su aldea.

—¡No!, ¡no ha sido nada!... ¡Los nervios!...—balbuceó la dama doblando la cabeza al pecho como si se avergonzase de la atenta mirada de Gildo.—Gracias por su interés...

Y luego, aparentando cierta indiferencia, pero visiblemente conmovida, dijo bajando la voz, como si evocase un recuerdo:

—Ya hace años que oí cantar esa copla...

—¿Aquí?—preguntó con curiosidad el mozo.

—Sí, aquí...

—Entonces de seguro que fué al mi padre: es el que mejor la ha cantado en toda la Montaña...

—¿Su padre?...

—Sí, mi padre; Luis el de la Casona.

—¿Tú eres hijo de Luis?—preguntó la señora incorporándose un poco y tendiendo su rostro hacia Gildo, que retrocedió al ver la expresión, para él incomprensible, de aquel mirar de ansia y de sorpresa...

—Sí... sí, señora...—tartamudeó.

La dama no replicó palabra, volvió a dejar caer con cierta laxitud su cuerpo sobre el maletín, y atrayendo a su pecho a la niña ocultó la cara con la suya y la besó muy despacio, mientras que bal-

buceaba palabras extrañas y sin sentido para el mozo y la niña...

¡Todas las humillaciones, todas!... Antes de morir, que me bendiga..., que me perdone... ¡Sólo una madre sabe perdonar!...

.....

La carreta despertó con su chirriante canción las callejas del pueblo sumidas en silencio... Al hallarse frente a casa de *Ti Nasia*, Gildo ayudó a las viajeras a bajar del carro y puso su equipaje en el umbral.

La dama, cuyos ojos aun permanecían enturbiados, dijo con acento intraducible, mientras que nerviosamente arrancaba una moneda de oro colgante de su pulsera:

—¡Toma, hijo mío!... ¡Guárdala como recuerdo de una desdichada mujer!

—Gracias, señora, gracias—dijo azorado el chico al ver relucir en la palma de la mano un redondelito de oro.

Y como si éste fuera una estrella que acabara de caer del cielo, miró a lo alto...

ÍNDICE

La Campana muda.....	11
La fábrica en ruinas.....	19
La promesa.....	29
Ti Fortuna.....	39
Mari Ramos.....	47
La ruina.....	61
La hija del tamborilero.....	73
La novia del indiano.....	87
La herencia.....	101
La lechuza de Marigay.....	113
La loca ambición.....	123
Ritornello.....	137

Suscribase a la BIBLIOTECA BERGAMÍN

Pagará usted **cincuenta** pesetas al año, por dos libros mensuales.

Algunos libros que publiquemos llevarán marcado un precio mayor del de dos pesetas; pero usted, suscriptor, lo recibirá sin aumento alguno.

Envíe su nota de suscriptor a la calle de la
Corredera Baja, 39.--MADRID

